

A Mogán
vinò un día...



A Mogán vino un día...



Ayuntamiento
de Mogán





A Mogán vino un día...

© Textos: Juan Carlos Saavedra Guadalupe. 2022

© De la presente edición: Ayuntamiento de Mogán

Mogán - Gran Canaria

Cuidado de la edición:

Asociación Instituto Canario de Estudios Antropológicos

Maquetación e impresión:

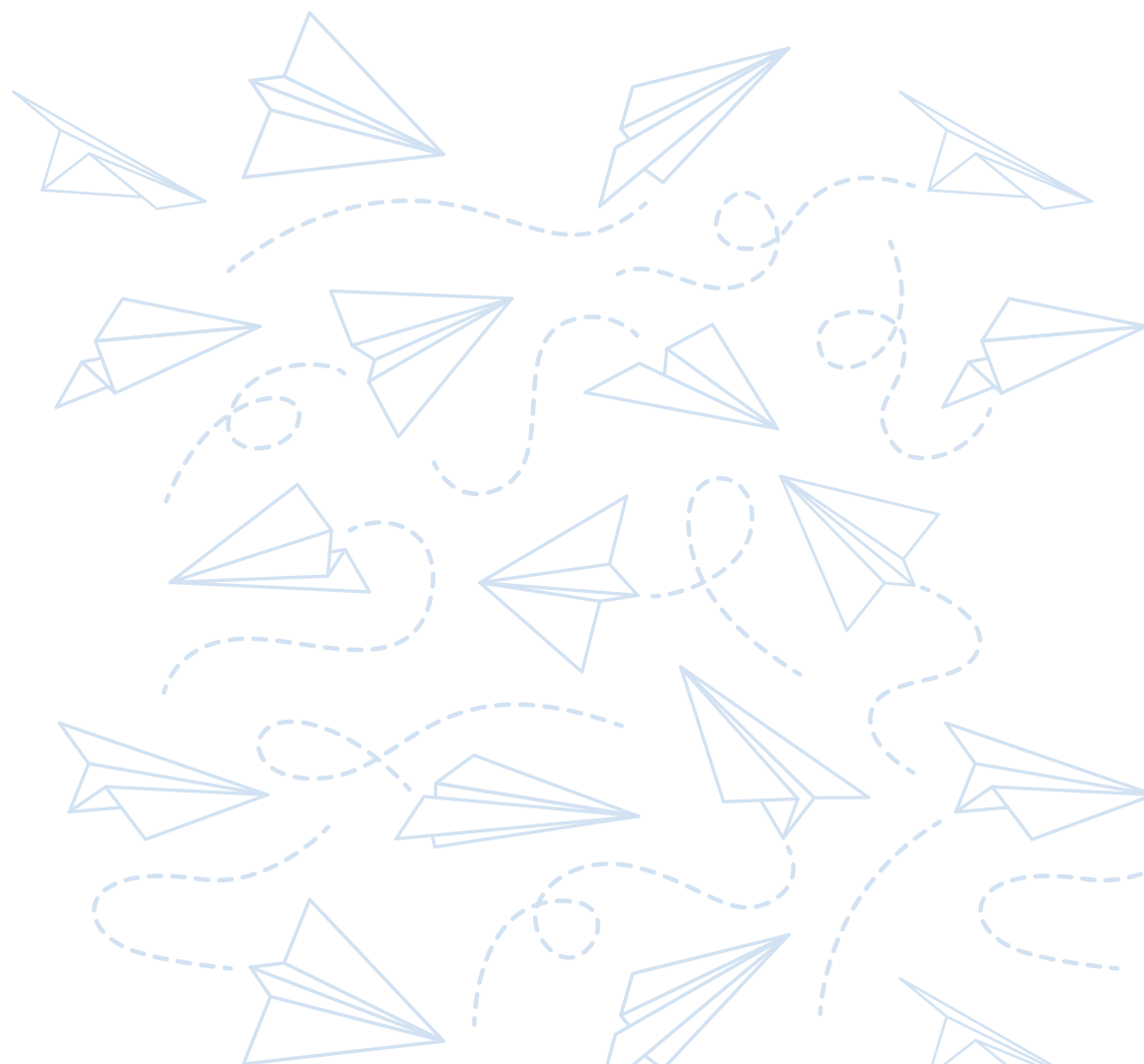
FashionMania

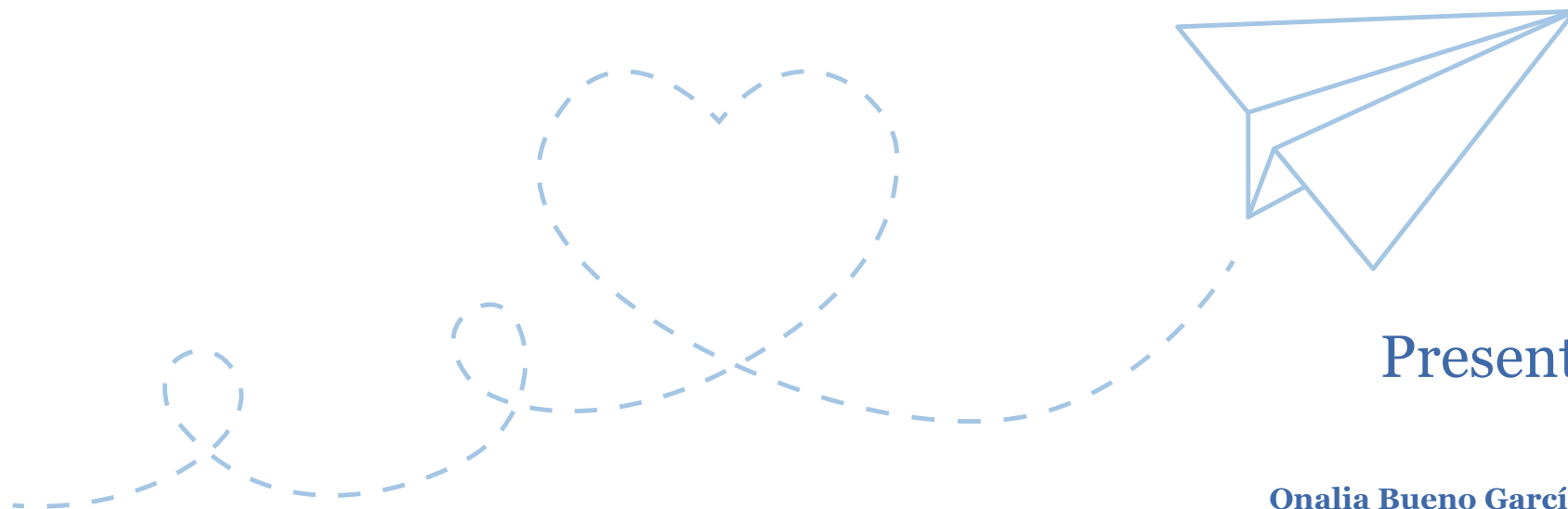
Primera edición: Diciembre de 2022

Depósito Legal: GC 628-2022

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.





Presentación

Onalia Bueno García
Alcaldesa del Ilustre
Ayuntamiento de Mogán



Si una persona nacida en Mogán dijera que su municipio es uno de los mejores lugares del mundo para vivir, probablemente pensaríamos que su opinión no es imparcial. Llegaríamos a la conclusión de que ese razonamiento está marcado por un sentimiento cultural más que por datos objetivos.

Por otro lado, también suele suceder que los canarios no aprendemos a valorar lo que tenemos en nuestras islas hasta que observamos cómo gente que viene de otros lugares queda maravillada contemplando todo lo que ofrece nuestro archipiélago.

Hay personas que después de vivir y conocer otros lugares del mundo han decidido echar raíces en Mogán. En ese caso no podemos hablar de una decisión basada en sentimientos o en vinculaciones familiares con el territorio.

Esa opción de vida responde a una decisión meditada que les ha hecho comprender lo que los nacidos en Mogán ya sabemos; nuestro municipio es un espacio para la convivencia ciudadana excepcional.

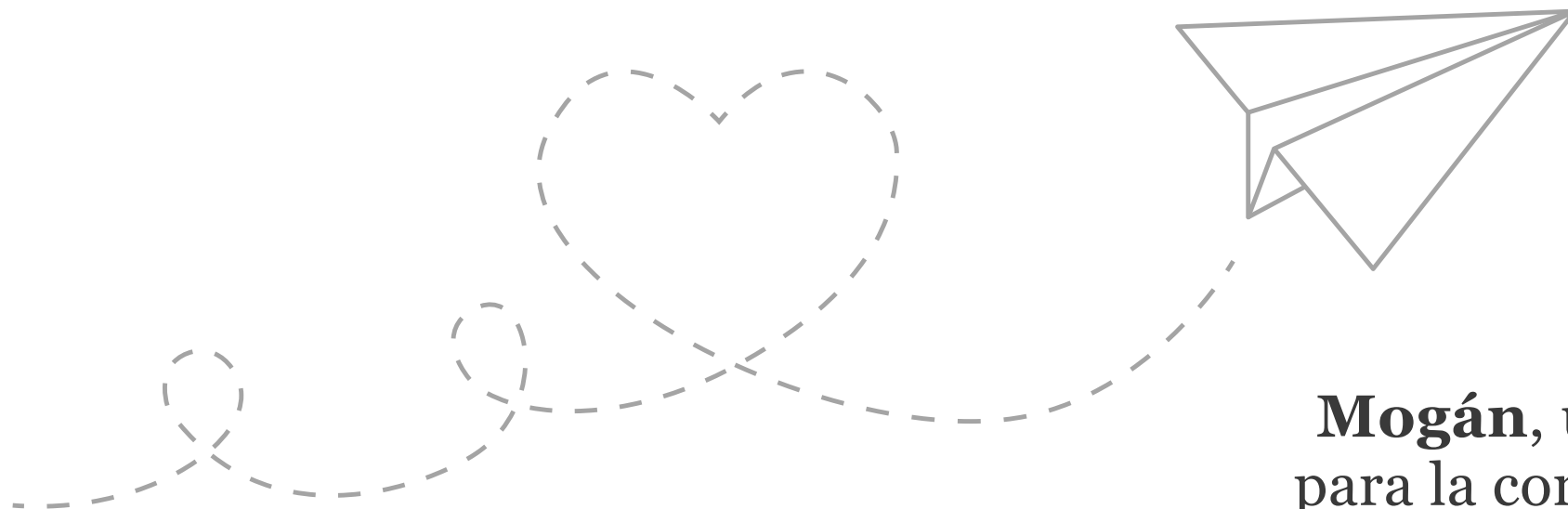
Conociendo las razones que han empujado a esas personas a considerar que Mogán es un lugar perfecto para residir, podremos evitar, entre todos, que esas condiciones idílicas de vida puedan irse diluyendo con el paso del tiempo.

Los moganeros y moganeras del siglo XXI, a pesar de proceder de lugares dispares, comparten algo en común: su compromiso por convertir a Mogán en un ejemplo de convivencia, solidaridad, respeto al medio ambiente y a las tradiciones que hemos heredado de nuestros ancestros.

Es imposible hacer un homenaje personalizado a todos aquellos que han venido a vivir a Mogán y desde el primer día se han unido a los que hemos residido desde siempre aquí para trabajar por el bien del municipio.

Por esa razón, este libro pretende ser un reconocimiento colectivo mucho más amplio, aunque en él sólo aparezcan las historias de doce de nuestros vecinos y vecinas.

A todos ellos, mi gratitud por hacer de Mogán un pueblo donde todos y todas sumamos.



Mogán, un lugar para la convivencia

El municipio de Mogán, desde su creación hace ya más de 200 años, se ha caracterizado por ser un lugar donde destaca la pacífica convivencia de sus vecinos y vecinas. Eso ha sido posible gracias al máximo respeto que han tenido siempre sus moradores hacia la diversidad de procedencia, credo, sexo o creencias políticas de sus conciudadanos.

Es innegable que la apertura de Canarias al turismo y el aumento de las conexiones aéreas de las islas con el resto del mundo posibilitó que nuestro clima y forma de vida fueran ampliamente conocidos en el exterior.

Mogán, a finales de los años 70, empezó a recibir la visita de extranjeros que se alojaban en las nuevas zonas turísticas de Maspalomas y Playa del Inglés. Para ellos

fue todo un descubrimiento positivo conocer las particularidades especiales que ofrecía el lugar y que lo convertía en un espacio único, tanto por su clima como por su paisaje natural y su gente.

Una vez que el municipio entra también en la esfera de la actividad turística canaria, con la creación de la zona de Puerto Rico, Mogán empieza a disponer de plazas hoteleras para el hospedaje de foráneos.

Esos nuevos hoteles y apartamentos se convierten en el lugar de veraneo de personas de diversas nacionalidades que, una vez terminado su periodo vacacional, optan por convertir a Mogán en su lugar de residencia habitual.

La referida circunstancia influyó sobre manera en la configuración de la actual población moganera, ya que en ella podemos encontrar vecinos y vecinas procedentes de diferentes culturas y nacionalidades que, como ya se ha señalado, han decidido, por múltiples razones, fijar su residencia en Mogán.

Junto a esos extranjeros conviven en el Mogán del siglo XXI familias descendientes de los primeros pobladores de la zona y descendientes de canarios que en momentos de crisis posteriores decidieron establecerse allí para buscar un futuro mejor para ellos y para sus familias.

Esa suma de culturas y formas de ver la vida han enriquecido el patrimonio humano moganero, convirtiendo al municipio en un ejemplo a seguir por otros lugares a la hora de lograr una población fuertemente cohesionada, donde, a partir del respeto a la diversidad, se trabaja por el bien de la comunidad.

¿Qué lleva a una persona a abandonarlo todo y decidir fijar su residencia en Mogán? Sin duda esta pregunta tiene numerosas respuestas. Para algunos, la causa de establecerse en Mogán fue el clima. Para otros, los maravillosos espacios naturales que contiene el municipio, su gente o el ritmo de vida que se disfruta en sus barrios.

Sea cual sea la respuesta a esa pregunta, resulta obvio resaltar que esas razones positivas que motivaron la llegada al municipio de personas que llevan más de 30 años residiendo en Mogán, ni pueden ni deben desaparecer.

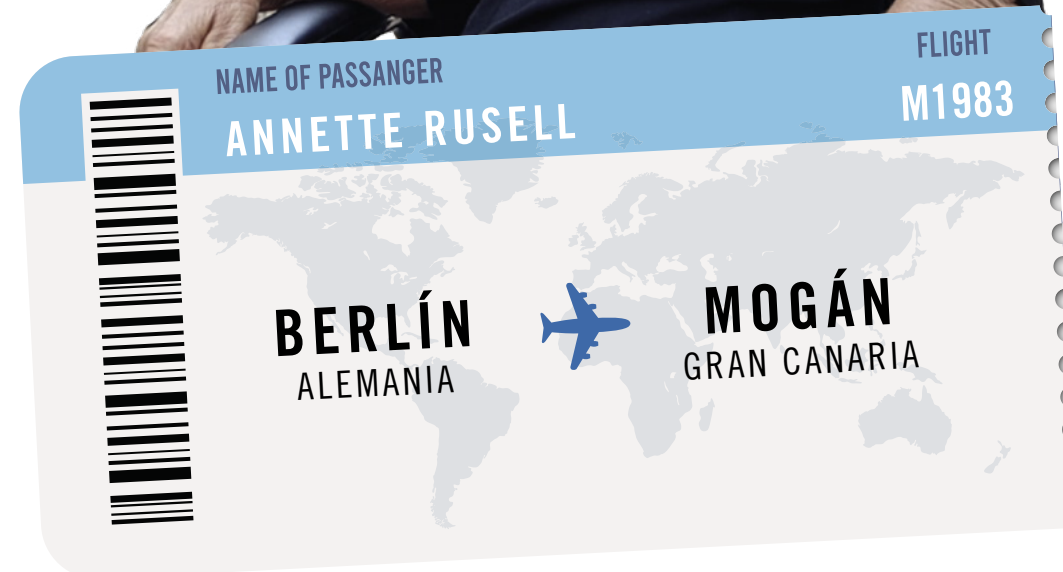
De su mantenimiento dependerá la calidad de vida futura de todos los que residen en nuestro municipio, con independencia de su lugar de procedencia.

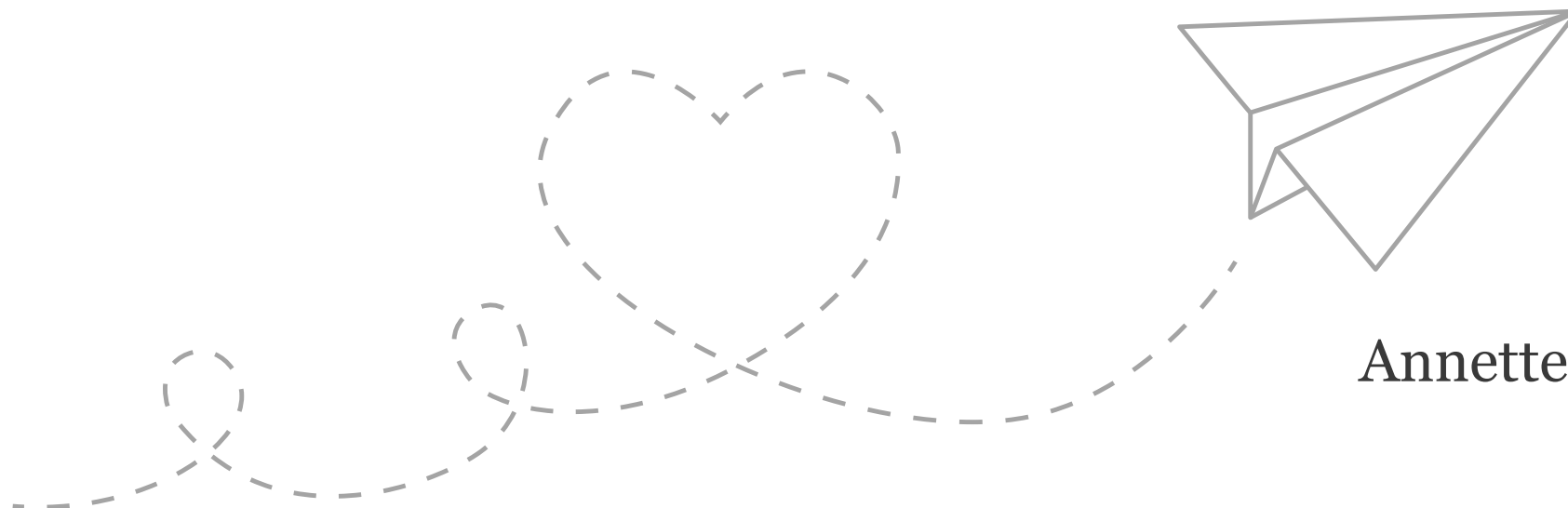
Esa tarea de conservar la esencia de Mogán depende por tanto no sólo de los «*moganeros de toda la vida*», sino también de aquellas personas que se han convertido en «*moganeros de adopción*».

Conocer, por tanto, qué fue lo que a ellos «*les cautivó*» de Mogán y evitar que esos aspectos cambien, supone mantener vivos los atractivos del municipio y su calidad de vida para las próximas generaciones.

La mejor forma de descubrir qué ofrece y qué debe seguir ofreciendo Mogán para garantizar a sus ciudadanos un espacio de convivencia pacífica, abierta y multicultural es conocer de primera mano la experiencia vital de vecinos y vecinas que en un momento determinado decidieron convertir al municipio en su casa. Personas nacidas y criadas en otros lugares que «*a Mogán llegaron un día*» y aquí se quedaron para siempre.

A Mogán vino un día...





Annette Rusell

Nuestra vecina Annette Rusell nació en el año 1956 en Berlín, Alemania. Desde los 16 años empezó a viajar, ya que desde pequeña tenía claro que no le gustaba la forma de vida que había en su país. En su tierra natal ejerció varias profesiones, desde trabajar en labores asistenciales con huérfanos a tener un negocio propio relacionado con la restauración y la música. Antes de establecerse definitivamente en Mogán recorrió varias partes del mundo: casi toda Europa, Sri Lanka, Nepal y la India.

Unos amigos le hablaron de visitar Gran Canaria, pero la idea no le llamó la atención ya que asociaba a la isla con un lugar de «turismo de borrachera, fiesta, sangría y grandes hoteles».

Sin embargo, estos conocidos le hablaron de Mogán como un pueblo de pescadores donde no existía la masificación turística de Playa del Inglés o Maspalomas.

Una vez que decide viajar a Gran Canaria, para poder comprobar si una mujer podía vivir y transitar la isla sola, decidió recorrerla en coche, quedando gratamente sorprendida con el ambiente que encontró al llegar a La Playa de Mogán.

Allí se sintió muy acogida por los que vivían en La Playa, todo fue amabilidad hacia ella y todo su entorno se preocupaba de que estuviera a gusto, aunque aún no hablaba mucho español. Esa forma de ser, tan abierta y sencilla, le resultó mucho más agradable de la que existía en su país, «donde todo parece ser cuadrado».

Ese buen recibimiento hizo que decidiera quedarse a vivir en La Playa de Mogán.

Antes de establecerse allí ya había visitado la isla como turista en varias ocasiones e incluso había hecho un curso intensivo de español en Berlín para facilitar su integración en la isla. El problema es que ella había aprendido español continental, por lo que apenas le sirvió a la hora de entender y hablar con los canarios. Le pareció muy curioso que cuando manifestaba a alguien que no entendía lo que se le estaba diciendo su interlocutor, en vez de intentar hablar más despacio o buscar otra forma de explicarse, lo único que hacía era repetirle lo mismo pero más alto, por lo que terminaban gritándole.

De la misma manera, reconoce que le costó aprender el humor canario en el que se usan los dobles sentidos a la hora de expresarse, cosa que no ocurre con el humor alemán.

En el año 1983, recién llegada al municipio, compró una casa en estado casi ruinoso en el Barranco de Mogán, vivienda que, tras diferentes arreglos, habita desde el año 1988.

Su primera iniciativa fue abrir un restaurante en Mogán, empresa que no triunfó ya que no había llegado aún al municipio el boom turístico que llegó años más tarde. Posteriormente, trabajó en una pizzería de jefa de cocina hasta que quedó embarazada, momento en que decidió hacer un paréntesis en su vida laboral para cuidar a su hijo.

Tras atravesar un duro período de enfermedades participó en el año 2010 en un taller de empleo orientado a la geriatría y se formó como Auxiliar de Enfermería. Al finalizar los estudios volvió a trabajar en ese sector, formando parte del Proyecto de Respiro Familiar del Ayuntamiento de Mogán durante 4 años, periodo del que guarda un grato recuerdo de su contacto con la gente que atendía. Su último trabajo asistencial lo realizó en el Centro de Salud del Tablero de Maspalomas.

Tras una recaída médica y la crisis del Covid no ha vuelto a trabajar, estando de baja por enfermedad.

A lo largo de los años y de su relación con los moganeros fue descubriendo que la mentalidad canaria era mucho más abierta de la que ella conocía en Alemania. La vida era más lenta, se evitaba el estrés y todo era mucho más relajado.

En el tiempo que lleva con nosotros ha ido encontrando gente amable, educada y respetuosa, aspectos humanos que echaba de menos en el lugar de donde ella provenía. Su proceso de integración en el pueblo fue ejemplar, nunca se sintió rechazada por la comunidad humana de Mogán.

La isla de Gran Canaria le ofrece todo lo que una persona puede desear. Si le apetece la playa, la tiene muy cerca. Si le apetece el campo y la montaña también los tiene a pocos kilómetros de su casa. Puede escoger incluso el clima en el que se siente más a gusto, calor en la costa y frío en el interior.

No cambiaría por nada la tranquilidad que le ofrece Mogán y el trato que recibe de sus vecinos y vecinas. También destaca como muy positivo el tener todo cerca: tiendas, centros de salud o farmacia.

Ve con un poco de tristeza los cambios en Mogán causados por las construcciones turísticas, pero reconoce que, afortunadamente, no se ha llegado a niveles de saturación como ocurre en Playa del Inglés o Maspalomas.

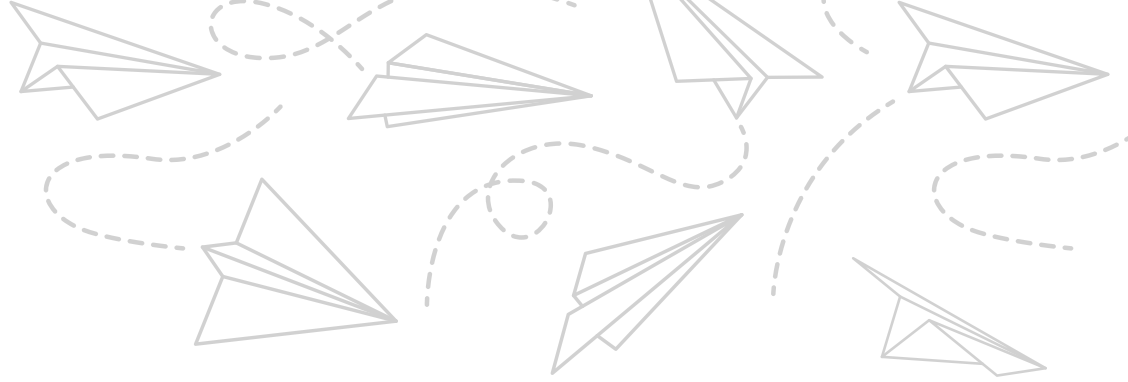
Sin embargo, el ambiente de La Playa de Mogán mantiene aspectos de los tiempos en que ella llegó. Si es verdad que la influencia del turismo ha acelerado la forma de vivir, la gente se ha vuelto más impaciente, pero ella espera que esto no dañe la amabilidad de la gente.

Lamenta la existencia en Mogán de grupos minoritarios de extranjeros que no se integran, como ha hecho ella. Ese proceder, a su criterio, está motivado por dos factores: El primero de ellos es el miedo a aprender otro idioma y el segundo, a su parecer, es por creerse superiores a los isleños, cosa que es totalmente falsa.

Sus más de 30 años residiendo en Mogán le han hecho llegar a la conclusión de que la juventud del municipio no debe abandonar sus ganas de crecer, deben estudiar idiomas y formarse para afrontar el futuro.

Le gustaría que la oferta cultural del municipio siguiera creciendo, con mayor oferta de obras de teatro y conciertos musicales.

En todo este tiempo jamás ha lamentado la decisión de establecerse en Mogán, por lo que tiene muy claro que nunca regresará a su lugar de origen para vivir.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Yo estaba buscando un sitio donde vivir fuera de Alemania desde los 16 años. Vine a Canarias por recomendación de dos amigos míos. Nunca contemplé ir a Gran Canaria porque para mí tenía la imagen de turismo de borrachera, de sangría, fiesta y grandes hoteles. Ese no era mi estilo de viajar, pero me hablaron de Mogán. Me dijeron que era un pueblo de pescadores y que no tenía nada que ver con el turismo masivo como Maspalomas o Playa del Inglés. Así decidí probar y me enamore de este pueblo».



«A mí, personalmente, me gustaba más como estaba antes Mogán. Veo demasiados cambios en la imagen de Mogán, aunque el turismo y las construcciones son un poco más adaptadas y no son como en Playa del Inglés o Puerto Rico».

«Para mí el ambiente de la gente de La Playa de Mogán tiene algunas cosas como antes, pero por supuesto la influencia del turismo hace la vida más rápida. La prisa conlleva que la gente sea más impaciente, que no tenga la paciencia de antes. Eso hace que se pierda parte de la amabilidad».

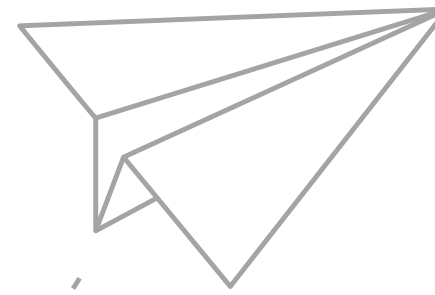
«Yo veo que hay extranjeros que no se adaptan a la vida de aquí, a la gente de aquí. Están viviendo 25 o 30 años y no aprenden el idioma. Desde mi punto de vista puede ser por el miedo a hablar otro idioma pero otros lo hacen porque viven en un círculo, en un gueto y tienen un comportamiento de sentirse superiores».

«A veces veo los cambios de Mogán y estos me entristecen un poquito, pero en general estoy super a gusto aquí y me siento muy bien acogida. Jamás, jamás me arrepentí de mi decisión de vivir aquí».

«Si me piden que de un mensaje a la gente de Mogán les diría que jamás pierdan su amabilidad, su sonrisa, sus risas, su forma de ser muy sociables».

A Mogán
vino un día...





Natalie May Betancor León

Nuestra vecina Natalie nació en 1939 en Vancouver, Canadá. Su nombre de nacimiento es Natalie May Alexandra Anna Bury.

Su primera visita a Gran Canaria la realizó en el año 1969, cuando llegó tras una separación matrimonial junto a sus dos hijos, uno de tres y otro de siete años.

Su primera intención era establecerse en algún lugar de la Península ya que tenía amigos allí. Sin embargo, estando en Valencia, una mujer que conoció en la playa le habló de Gran Canaria como un lugar maravilloso para vivir, ya que ella había residido en la isla durante dos años, por cuestiones de trabajo de su marido, y le había encantado.

Siguiendo su consejo, embarcó desde Barcelona en un ferry hacia Gran Canaria en una travesía que duró cinco

días. Tras su llegada a la isla, empezó a residir en Las Palmas de Gran Canaria.

Recuerda como anécdota que cuando llegó a la isla por primera vez hablaba muy bien el castellano, pero que cuando escuchó hablar al taxista que la recogió en el muelle no logró entenderlo. Llegó a pensar que se había equivocado y que no se encontraba en suelo español. Afortunadamente, ya luego se acostumbró perfectamente al habla canaria.

Viviendo en la capital de la isla decidió alquilar un coche y recorrer toda Gran Canaria con la intención de conocerla en profundidad. En ese recorrido llegó al pueblo de Mogán sobre la una de la tarde y lo que vio en ese momento le hizo decidir de forma inmediata que aquel iba a ser su lugar de residencia definitivo.

Mientras visitaba a pie el pueblo preguntó a una señora que encontró asomada en una ventana si conocía alguna vivienda en alquiler por la zona. Esa persona le dijo que regresara en media hora porque a lo mejor sabía de alguna. Cuando regresó, había una chica con ella que le comentó que su madre era dueña de una de las viviendas que por aquel entonces se llamaban casas baratas y que estaba totalmente amueblada. Sin dudarlo, la alquiló para empezar a vivir en el pueblo de Mogán.

Como le habían hablado de que muy cerca había un pueblo de pescadores le preguntó a la chica si la acompañaba a conocer ese lugar costero. La chica aceptó y le preguntó si podía llevar a un amigo, a lo que ella aceptó. Ese amigo era Pepe Bethencourt León, que luego se convertiría en su marido.

Durante los primeros cinco años de residencia en Mogán realizó diferentes trabajos: estuvo dando clases particulares de inglés y también ocupó varios puestos en la administración de unos astilleros gracias a sus conocimientos de idiomas.

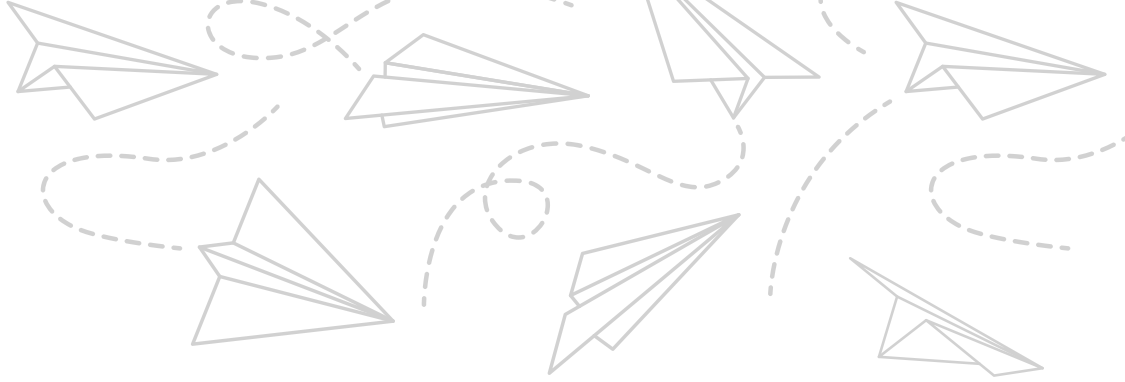
En esos años, ella era consciente de que no estaba bien visto por aquella comunidad rural, el que Pepe mantuviera un noviazgo con una persona no católica, divorciada y con hijos, pero nunca se sintió mal mirada ni nadie le comentó nunca nada sobre el tema.

Posteriormente, ella y su familia se trasladaron a Canadá donde residirían durante treinta años, aunque su primera intención era estar allí solo treinta días para poder casarse allí.

En el año 2005 regresó a Mogán, donde vuelve a redescubrir las maravillas que le ofrece el municipio y que tanto le gustaron durante su primera estancia en él.

Destaca como elementos que la llevaron a establecerse en Mogán lo bien acogida que fue tanto por el pueblo como por la familia de su ya fallecido esposo. La tranquilidad del pueblo, la forma pausada de vivir, las tardes en el parque del kiosco o el ir a pescar se convirtieron en grandes alicientes para establecer su residencia definitiva en Mogán.

En su compromiso con el pueblo que tan bien la acogió desarrolla labores de apoyo a la actividad religiosa que se realiza en la Iglesia de San Antonio de Padua. Además, ha paseado el nombre de Mogán por infinitos lugares con una serie de cuentos protagonizados por su perrita Foxy que llevan por título «Las aventuras de SuperFoxy».



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Cuando llegué a Canarias hablaba un poco de español. Como hablo francés y había estudiado latín durante muchos años, los cuatro meses que estuve en Valencia me puse a estudiar mucho y llegué a hablarlo más o menos, me defendía en español en Valencia pero no en Canarias. Cuando llegué aquí y salí del barco fui a buscar un taxi. Yo iba con los dos niños y cuatro maletas y el taxista me empezó a hablar y yo me dije “hay Dios mío, me equivoqué. Me dijeron que estas eran islas españolas y no entiendo ni papa”.»



«Lo que me gustó de Mogán en particular cuando llegué era la tranquilidad, la pureza del aire. No había luz, no había nada. Solo en el casco teníamos luz con el generador de la casa de Marcelino, creo que de seis de la tarde hasta las diez. Los sábados era hasta las doce, para iluminar los árboles para la verbena que había después de la misa. Me gustó también la gente cuando empecé a conocerla. Y claro, me enamoré de un canario... ».

«Cuando Pepe y yo nos enamoramos yo tenía dos hijos y no era católica en aquellos días, era protestante y casada. Era un poco escandaloso y la gente, sobre todo las mujeres mayores me miraron un poco raro, pero nunca me mostraron ninguna cosa fea. Siempre me saludaban y poco a poco me aceptaron y vieron que lo de Pepe y yo era algo que iba a durar».

«Tras 30 años viviendo en Canadá sólo había vuelto una vez a Canarias en el año 1977. Después Pepe volvió durante un mes a ver a su madre. Cuando regresó a Canadá me dijo: “quiero volver a vivir en Mogán”. Cuando volvimos juntos en 1995, en el momento de bajar del avión

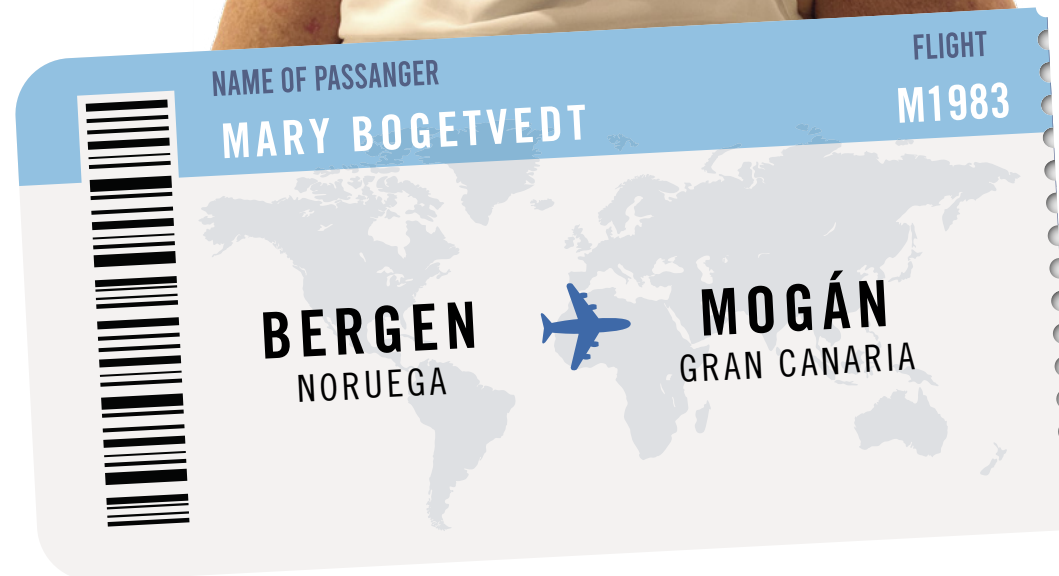
yo dije: “aquí me quedo”. Mogán había cambiado mucho, La Playa ya no era La Playa que conocíamos.... Decidimos vivir en el Pueblo porque lo encontrábamos más canario, la vida que conocíamos si seguía en él».

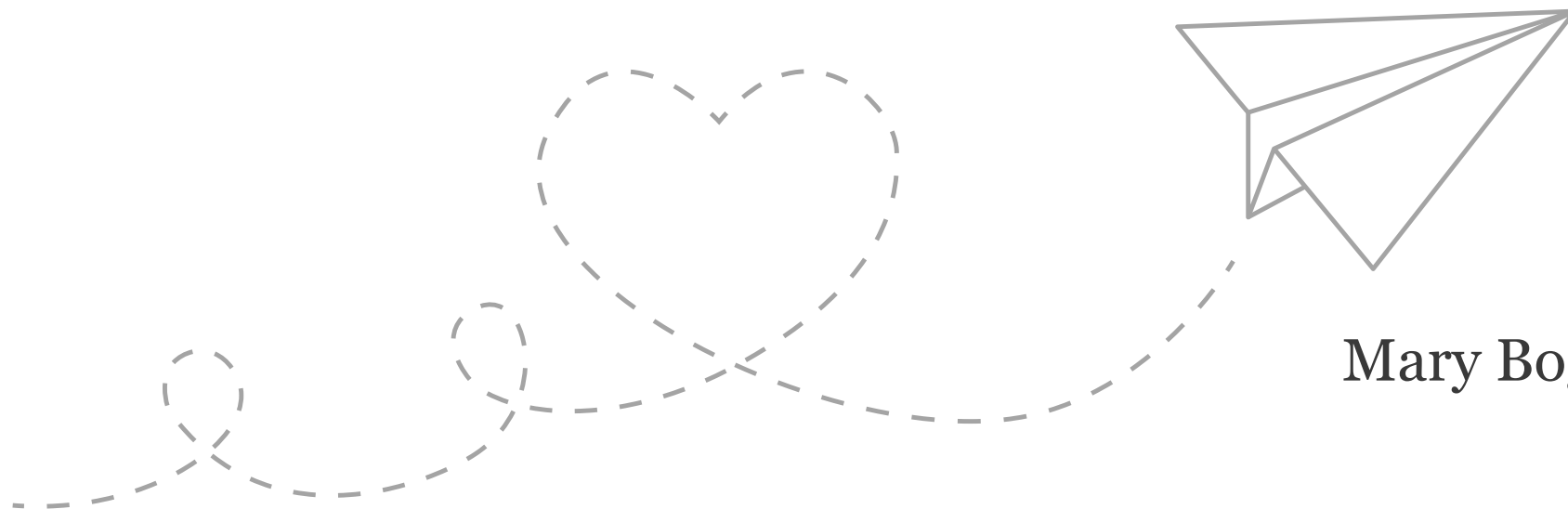
«La gente de La Playa y del Pueblo me aceptaron en sus corazones, como si no hubiera el escándalo de antes ni nada. Pepe y yo éramos Pepe y Natacha».

«Estuve en el departamento de educación religiosa de la archidiócesis de Vancouver, así que la Iglesia de Mogán en seguida se convirtió en parte de mi vida aquí. Estoy muy involucrada en la vida de la Iglesia, llevo años dando catequesis a niños y a padres. Ayudo a Paco Rodríguez, que es el sacristán, y cuando el no está yo preparo todo para las misas».

«A los moganeros les diría: “gracias por haberme aceptado como una moganera más”. No tengo ganas de salir de aquí. Si dios me dice Natalia no vas a salir más de este pueblo, de este valle, me conformo».

A Mogán
vino un día...





Mary Bogetvedt

Nuestra vecina Mary Bogetvedt nació en el año 1952 en Bergen, Noruega. Su primera llegada a Gran Canaria la realizó en 1978 cuando llegó a Playa del Inglés como turista.

Al año siguiente regresa de nuevo a Gran Canaria, ya que en su viaje anterior había conocido al que con el tiempo se convertiría en su esposo. Este no dudó en trasladarse a Noruega para estar junto a ella y a los dos meses decidieron casarse y empezar a vivir en su pueblo.

Allí el matrimonio reside durante 4 años seguidos. Pero era muy difícil, para un canario, adaptarse a la forma de vida y al clima de los países nórdicos, por lo que decidieron regresar a Mogán.

En su país de origen trabajaba de dentista, profesión que mantuvo una vez que se establece de forma definitiva en Gran Canaria hasta su jubilación.

El Pueblo de Mogán que encontró la cautivó, era bonito, tranquilo y los vecinos y vecinas se ayudaban entre sí en tareas como el cuidado de los niños. Además, el clima era fantástico y permitía salir de casa en cualquier momento.

A su llegada le llamó la atención que en el Pueblo de Mogán la electricidad se obtuviera de un motor que se apagaba entre las 9 y las 10 de la noche y luego hubiera que iluminarse con velas. Otra cosa que le chocó fue que las mujeres solteras siempre tuvieran que ir acompañadas a los bailes, cosa que ya no era así en Noruega.

Desde un principio fue muy bien recibida tanto por la familia de su marido como por su grupo de amigos.

No le resultó difícil aprender español, cosa que hizo leyendo mucho. Enseguida se adaptó al habla canaria y a nuestras típicas expresiones coloquiales.

En Mogán, entre el mar y las montañas se sintió como en casa, ya que en Noruega creció también entre ellos.

Sabe que existen personas de su mismo origen que no se han integrado en la sociedad moganera, aunque ella siempre ha querido y ha hecho amistades en el lugar donde ha vivido. Cree que hay extranjeros que miran por encima del hombro a los canarios, pero si estos se relacionaran más con la gente del pueblo comprenderían lo equivocados que están.

Del Mogán que conoció a su llegada echa de menos la vida social, las tardes en el kiosco, las partidas de cartas o de dominó en su entorno, con los niños jugando en un rincón. Cree que está empezando a haber un distanciamiento social entre los vecinos pero eso lo ve también en otros lugares, no sólo en Mogán.

Lamenta que el pueblo vaya perdiendo casas emblemáticas tradicionales y valora la mejora de las instalaciones públicas que se han establecido en Mogán en los últimos años y el aumento de la oferta deportiva y cultural que existe en la actualidad.

Noruega era su tierra de origen, allí tenía su familia y amigos pero su vida ahora está en Mogán, por lo que nunca ha pensado en regresar a vivir en su país natal.

Si le preguntan de dónde es, siempre dice que es noruega, pero a continuación añade que se siente española y canaria como el resto de los nacidos aquí. No en vano lleva ya más años viviendo en Mogán que en Noruega.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«A principios de 1979 él fue a Noruega en busca mía. A los dos meses nos casamos y fuimos a vivir en el pueblo donde yo estaba trabajando. Estuvimos viviendo unos cuatro años allá, fabricamos nuestra casa y él consiguió también trabajo, pero como buen canario, la tierra le volvió a llamar. A los canarios les cuesta un poco acostumbrarse al frío, a vivir en casa, menos vida fuera en la calle y él no se acostumbró mucho y volvimos para Mogán».



«Cuando llegué a Mogán hubo algunas cosas que al principio me costaron un poco, pero tenía su cosa romántica también. En Noruega nunca tenía problemas con dejar las luces encendidas siempre en toda la casa. En Mogán, cuando yo llegué, había un motor que entre las 9 y las 10 de la noche se apagaba y luego era a velas. Al principio me costó un poco, porque me gusta mucho leer o hacer manualidades... eso fue una de las cosas que eran diferentes, era como volver para atrás pero también tenía sus cosas muy bonitas».

«El kiosco, cuando yo llegué aquí, funcionaba, estaba abierto. Me acuerdo que siempre, cuando se hacían los bailes, se hacían en la plaza, alrededor del kiosco. Por las tardes la gente se reunía allí a jugar a la zanga o al dominó. Veníamos con los niños para que jugaran... era todo muy familiar. Al principio en los bailes, decían en casa de mis suegros que las mujeres solteras tenían que ir siempre acompañadas al baile. Eso me llamó un poco la atención porque ya eso no era así en Noruega. Diferentes costumbres... ».

«Para mí las amistades fueron la gente de aquí, de Mogán, no los noruegos».

«Los Viernes Santos hago la tradición que me enseñó mi suegra: el Sancocho. Intento mantener las tradiciones de la casa de mi suegra, que son las que conozco yo y a la misma vez cuando tocan tradiciones de Noruega intento también mantenerlas».

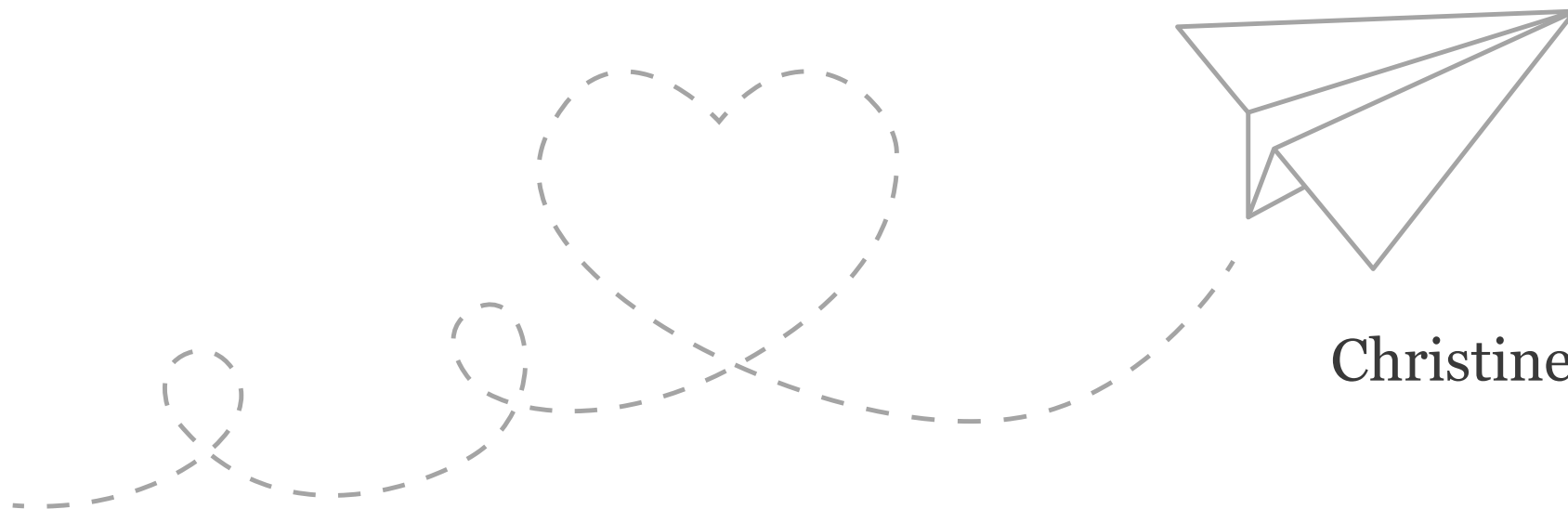
«Yo me imagino que al principio, quizás en Mogán, se estaba un poco a la expectativa para ver cómo era yo. Pero mi marido, como era de aquí, de Mogán mismo, tenía sus amistades aquí y fui muy bien recibida. Enseguida ya entré en un entorno de acompañamiento y empecé a sentirme como en casa».

«Si tendría que hablarle a todo Mogán creo que lo primero que me vendría a la mente es darles las gracias por recibirme, aceptarme y dejarme ser yo, para aprender a ser moganera».



A Mogán
vino un día...





Christine Platzer

Nuestra vecina Christine Platzer nació en el año 1951 en un pueblo llamado Seehaussen de Babiera, Alemania. Su marido y ella siempre habían querido viajar por el mundo. Tras mucho sacrificio, construyeron juntos un barco y emprendieron la navegación hacia Galicia, lugar al que llegaron a principios de la década de los 90 del siglo pasado. Tras pasar un invierno allí, decidieron buscar un nuevo puerto donde atracar donde el invierno no fuera tan duro. El lugar que encontraron más adecuado para huir del frío fue las Islas Canarias. Cuando comentaron a sus amigos gallegos su intención de trasladarse a Canarias estos les dijeron que era una muy buena elección porque allí iban a encontrar gente a las que también les gustaba cantar, la música y festejar y celebrar como a ellos.

Durante un año estuvieron visitando La Graciosa, Las Palmas de Gran Canaria, La Gomera y El Hierro. Después de este tiempo decidieron volver a Gran Canaria.

Al agotarse los ahorros de los que disponían, decidieron atracar en Las Palmas de Gran Canaria para buscar allí alguna fuente de ingresos. En el año 1994, navegando hacia esta ciudad tuvieron que hacer escala en el Puerto de Mogán. Una vez atracaron y recorrieron La Playa de Mogán a pie decidieron que habían llegado a un lugar perfecto para vivir.

Callejeando por la antigua plaza de La Playa les encantó su ambiente y su gente. Empezaron a mantener conversaciones con los pescadores y a convivir con los moganeros. En una semana su esposo consiguió trabajo como carpintero de ribera, mientras que ella empezó a dar clases de alemán, actividad que mantuvo hasta su jubilación.

Desde que llegó a Gran Canaria siempre ha vivido en La Playa de Mogán y tiene muy claro que ahí acabará su vida.

Recuerda con nostalgia el gran ambiente que había en el local «El Cafetín», donde hizo amistades con muchos moganeros de la época.

Le sorprendió lo abiertos que eran los vecinos y vecinas de La Playa y cómo mostraban curiosidad por acercarse a su barco. Incluso una vez subieron a bordo un grupo de jóvenes de aquella época para que ellos les explicaran cómo se llevaba el rumbo.

Le gusta la vida en La Playa, sobre todo porque se realiza en la calle, en las plazas y en los bares. Le encanta caminar e ir saludando amigos, con los que se puede sentar a tomar un café cuando se encuentran. Valora la vida tranquila y relajada que se disfruta allí.

Recuerda el primer viaje que realizó a Alemania para visitar a su familia tras establecerse en Mogán. Al volver, cuando aterrizó en el aeropuerto y emprendió el camino hacia Mogán pensó: «Estoy en casa». Esa fue la primera vez en la que se dio cuenta de que no estaba viviendo en un lugar de paso, sino que ese era su hogar.

Reconoce que hay otros extranjeros que viven en comunidad entre ellos sin relacionarse con los moganeros. Sobre todo los que van llegando en los últimos tiempos, porque los que llegaron hace años venían a trabajar pero los que están llegando ahora tienen mucho dinero y solo vienen a vivir en Mogán por el clima. Eso hace que no se relacionen con la población autóctona como los que llegaron hace ya 30 años.

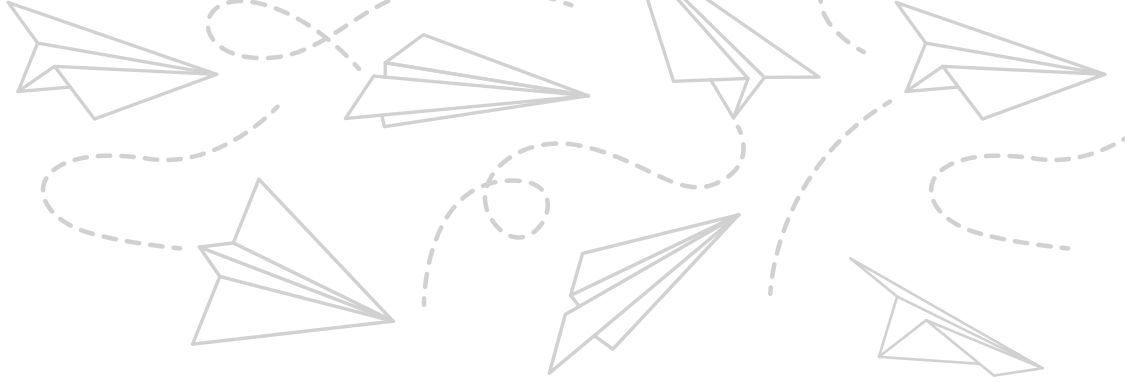
Dentro de sus anécdotas preferidas cuenta que una vez tenían preparado un viaje a Alemania y su amigo Nicolás, ya fallecido, los quiso acompañar para conocer Alemania. Se presentó en el aeropuerto con una nevera con hielo y atún fresco de Mogán. Eran tiempos en los que se podía llevar en el avión cualquier cosa. En su casa de Alemania, durante el cumpleaños de su abuela, Nicolás

era la estrella. Hizo buenas migas con todos sin saber alemán. Tan sólo aprendió dos palabras que Christine le enseñó en el avión. Cocinó a la plancha el atún que había traído y todos quedaron encantados.

Reflexionando sobre el crecimiento de Playa de Mogán, cree que las construcciones turísticas en la zona se deberían haber planificado de otra manera, pero ve positivo el equipamiento social de La Playa, sobre todo el nuevo parque con sombra para niños y familias.

Su lugar preferido para nadar, aún hoy, es detrás del Muelle Viejo, en el lugar conocido como *la lavadora* por el movimiento de las corrientes. Allí el agua es muy limpia y recuerda haber nadado cuando era más joven desde La Playa de Mogán hasta Tauro.

Destaca que en Mogán nunca se ha sentido extranjera, sino una más.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Mi marido era carpintero de barcos y su ilusión era construir su barco propio. El barco salió bastante grande y decidimos hacer un viaje. Salimos de Hamburgo, fuimos a Inglaterra, Francia y Galicia. Llegamos al final a las Islas Canarias. La primera isla que tocamos fue La Graciosa, un día de una calima increíble. Nosotros no sabíamos nada de calimas y nos preocupamos por si habíamos pasado la isla. Visitamos Las Palmas, La Gomera y El Hierro, donde estuvimos un año. Decidimos volver a Gran Canaria y la primera escala que hicimos navegando hacia Las Palmas, donde íbamos a buscar trabajo, fue Mogán. Allí descubrimos un pueblo pequeño, muy simpático».



«Yo, de vez en cuando, hacía visitas a Alemania para ver a mi familia. Tras tres años aquí, una vez que me bajé del avión y emprendí el camino hacia Mogán pensé: “estoy en casa”. Esa era la primera vez que yo pensé no sólo pararme en un lugar un tiempo sino quedarme».

«La gente de Mogán es muy abierta y muy curiosa. Querían hablar con nosotros, el problema era que el español que nosotros hablábamos era bastante rudimentario pero, con su paciencia y nuestros esfuerzos comunicamos».

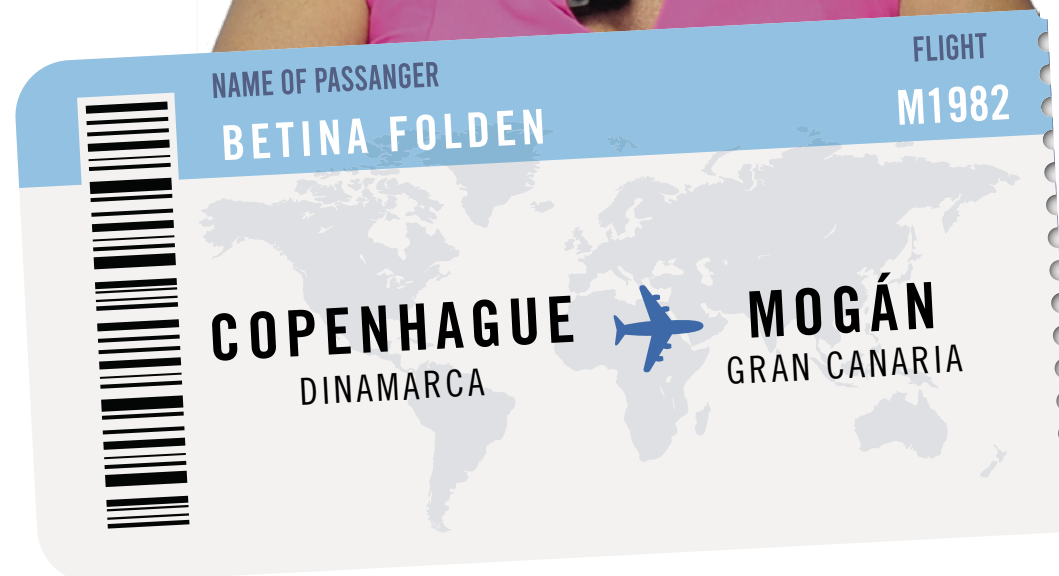
«Lo que me gustó de Mogán para decir “me siento en casa” era que en Alemania la vida es bastante encerrada, privada y aquí la vida es en la calle. Después de poco tiempo yo tenía un montón de conocidos, hice amistades, se salía, se bebía un café o algo y en esa época los canarios iban a los restaurantes y bares en el Puerto y nosotros a sus restaurantes y bares».

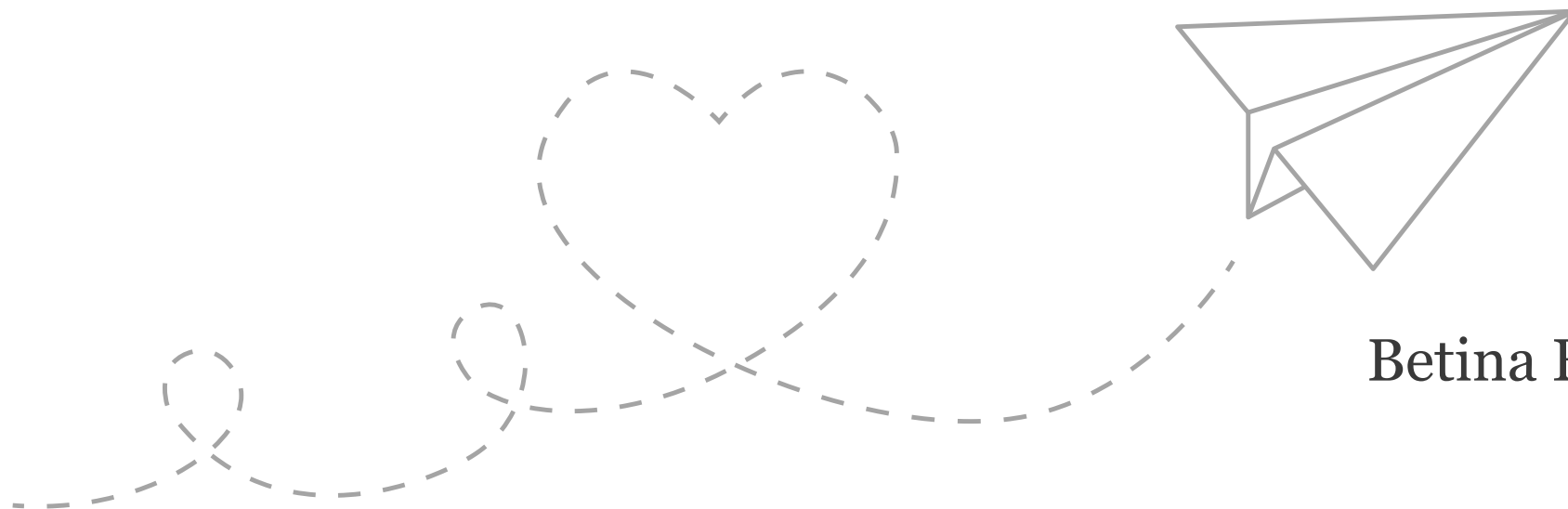
«Tengo que decir que de vez en cuando, aunque he decidido vivir en este lugar, con el estrés y el trabajo pienso: “¿Qué estoy haciendo aquí?”

Tenía un trabajo increíble en Alemania, bien pagado. Yo vivo donde vive la gente local, por lo que en tres minutos estoy en la playa. Entonces me encuentro con canarios, extranjeros y me meto en el agua a nadar y pienso que yo tenía razón (quedándome a vivir en Mogán)».

«Cuando yo llegue aquí era muy fácil hacer amistades con moganeros de todas las edades. Entre otros hice amistad con uno de ellos, Nicolás, que tenía el restaurante El Capuchino. Una vez que iba a viajar a Alemania al cumpleaños de mi abuela este me dijo que quería venir conmigo, pregunté a mis padres y me dijeron que no había problema. Él vino el día que íbamos al avión con su nevera, con su atún, hielo y un regalito para mi abuela, una muñeca con perfumes y jabón. El fue la estrella en mi casa, se puso a cocinar el atún y todos los invitados estaban oh, oh... ».

A Mogán
vino un día...





Betina Folden

Nuestra vecina Betina Folden nació en Copenhague, Dinamarca, en el año 1961. Visitó la isla de Gran Canaria por primera vez en el año 1982 con veinte años, aunque sus padres ya lo habían hecho anteriormente como turistas.

Realizó estudios de Guía Turístico en Mallorca, con la ilusión de trabajar en España, ya que siempre se había sentido atraída por su cultura y forma de vida.

Su primer destino laboral fue en Playa del Inglés, donde la empresa para la que trabajaba tenía su sede principal. Al poco tiempo fue trasladada a Puerto Rico.

A la semana de vivir en Puerto Rico ya decidió quedarse allí para siempre. En esa decisión influyó sobre manera descubrir cómo era la gente del lugar y cómo se ayudaban unos a otros. En ese momento, hace ya cuarenta años, Puerto Rico era un lugar pequeño que parecía más

una gran familia que un lugar turístico. De esa época recuerda las puertas abiertas, la gente sentada en la calle y las visitas a los vecinos para tomar café. El Puerto Rico al que ella llegó hace 40 años no tenía nada que ver con el de la actualidad.

Durante veinticinco años se dedicó a atender a su familia, situación que cambió hace ya nueve años cuando decidió retomar su actividad laboral. Tras el fallecimiento de su marido, tanto ella como sus hijos se vieron arropados por todos los conocidos que vivían en la zona. Recuerda con emoción que tras empezar a trabajar de nuevo nunca tuvo una puerta cerrada, siempre había alguien que la ayudaba en su actividad y en lo personal para que pudiera superar la pérdida de su marido. Ese apoyo recibido nunca lo olvidará.

Tiene en alta estima a los canarios, a los que considera gente buena y muy abierta con los que vienen de afuera.

En todos los años que ha vivido en Mogán nunca ha tenido ningún problema por ser extranjera. Reconoce que, lamentablemente, en Mogán también residen extranjeros que no se integran en el municipio y que prefieren vivir aislados relacionándose sólo con su comunidad.

Si mira hacia atrás en su vida nunca se ha arrepentido de la decisión que tomó en su momento de quedarse a vivir en Mogán. Siempre se ha sentido muy bien acogida

y a veces piensa que un español no sería tan bien recibido en su país como ella fue aceptada en Canarias. La razón la encuentra en la forma de ser de los moganeros que reciben a la gente con las puertas abiertas. Le sorprendió en su momento que nada más conocer a alguien o de verlo solo un par de veces enseguida te invitara a su boda o a una barbacoa.

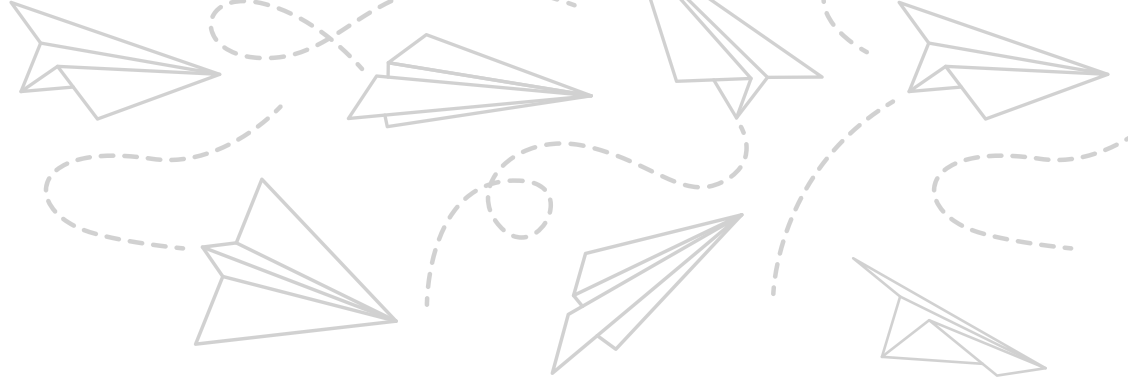
En cuanto a los cambios de Puerto Rico desde su llegada hace cuarenta años los ve positivos ya que hubo décadas en las que no estuvo tan bien cuidado como ahora.

Mogán ha crecido, ha llegado mucha gente de afuera a vivir aquí, pero según ella sigue existiendo la sensación de pueblo en el que todos se conocen aunque haya el doble o el triple de gente que antes.

Reconoce que siempre va a ser danesa porque es el lugar donde nació. Pero siempre dice que ella es una mezcla que está presente en su forma de ser, en su forma de pensar y eso lo notan sus amigos de Dinamarca. Para sus amigos de allí ella es *la canaria*.

Sus hijos también han decidido quedarse a vivir en Mogán, a pesar de haber estado tiempo residiendo en el extranjero. Otro lugar que le gusta mucho es Arguineguín, donde diferencia dos zonas. La baja cerca del mar que conserva el sabor de pueblo y la alta, donde residen mayoritariamente turistas.

Como anécdota sobre la forma de ser de los canarios siempre hace una comparación entre las despedidas o saludos que se hacen Mogán con las que se suelen hacer en Dinamarca. Allí casi no hay besos ni abrazos y aquí se aprovecha cualquier ocasión para darlos.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Puerto rico era un sitio muy pequeño donde todos se conocían. Muy acogedor, nada comparado con lo que se ha hecho en los cuarenta años que yo llevo aquí. Un sitio encantador, muy tranquilo. Era un sitio donde los turistas que querían una zona tranquila se quedaban aquí».

«Nunca en mi vida me he sentido discriminada en la isla o en España por ser extranjera. Al contrario, siempre me he sentido muy bienvenida. No creo que un español se sienta de la misma forma llegando a Dinamarca, mi país, porque aquí se recibe con los brazos abiertos, las casas abiertas. Con poco que conocieras a una persona ya estaba invitada a su boda o a su barbacoa».



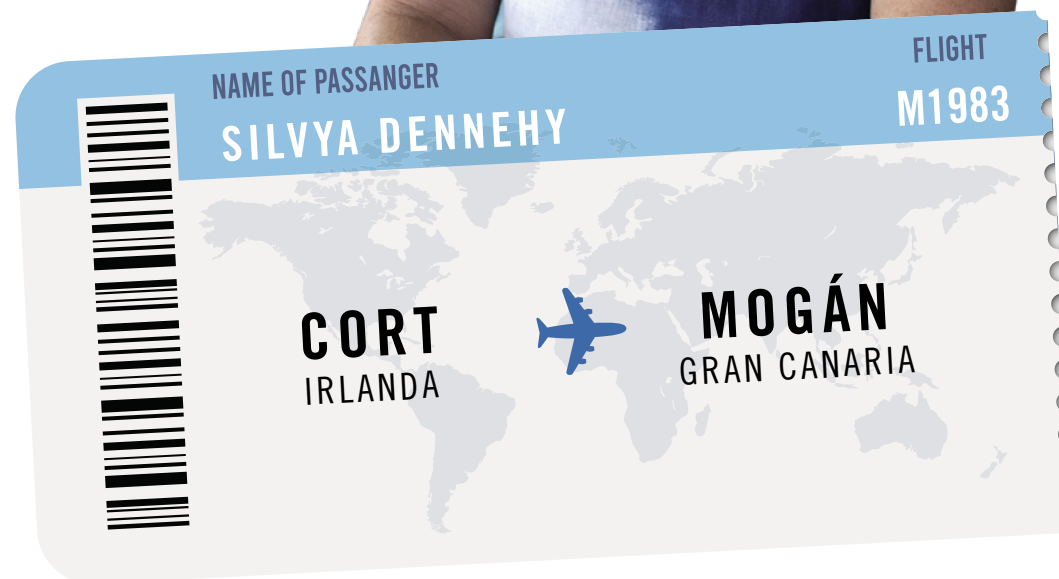
«Los canarios para mí son muy abiertos, muy cariñosos y muy atentos a como están la gente a su alrededor. El canario para mí es muy servicial, se dan todo. En su forma de ser. Creo que influye mucho el clima, lo bien que se está aquí hace que la gente sean mejores, más positivos y alegres».

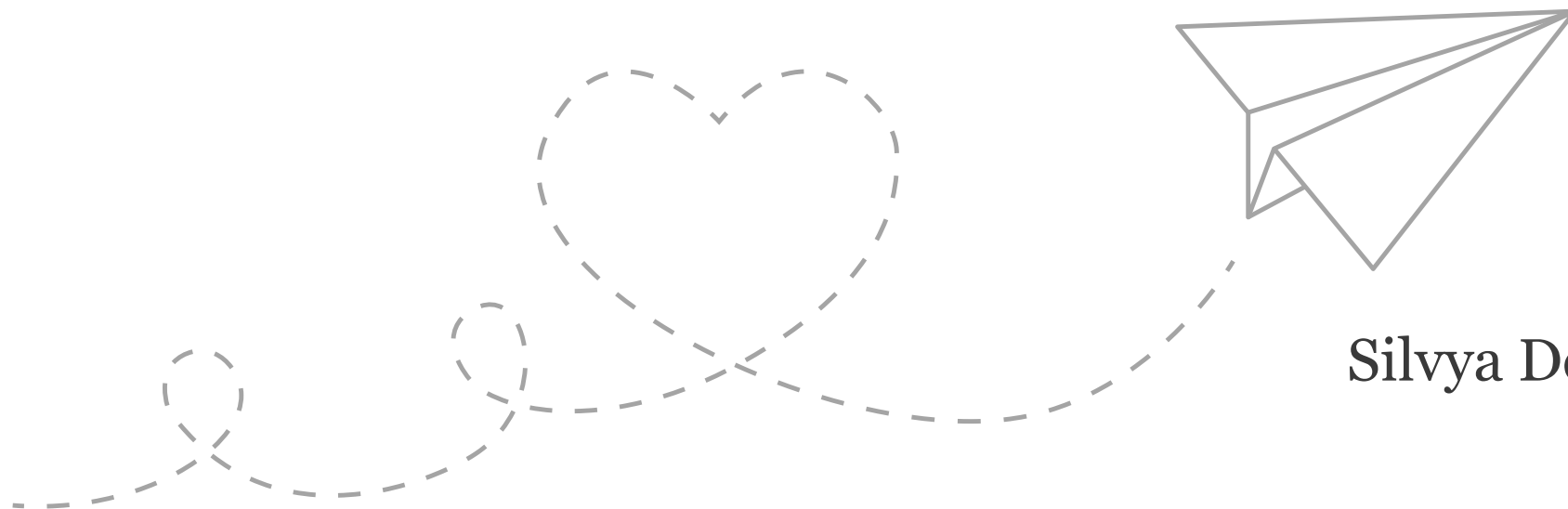
«Cuando me quedé viuda la forma como la gente nos arropó a mí y a mi familia era increíble. En esa época yo había comenzado a trabajar hacía sólo unos meses y en ningún momento tenía ninguna puerta cerrada. Siempre tenía alguien que me ayudaba en mi trabajo y también en el tema personal para superar la pérdida de mi marido. Lo mismo lo digo por mis hijos especialmente por mi hijo que perdió a su padre cuando tenía solo 12 años. Estaba estudiando en el Instituto de Arguineguín y comenzaron en Puerto Rico a impartir la ESO, entonces volvió a Motor Grande. El pueblo y la gente del colegio estaban con mi hijo. Eso fue muy importante y es algo que nunca olvidamos».

«Vivir en Tauro es vivir en un lugar con mucha tranquilidad. Tauro siempre ha tenido la fama de que se oye una aguja caer en el piso. Llevamos viviendo allí 34 años. Es como un pueblecito pequeño, los niños estaban en la calle con bicicletas, todos se conocían. Si mi hija se caía de la bicicleta lejos de mi casa había siempre un vecino que le curaba la herida y ella regresaba más tarde a casa para contármelo. Nosotros teníamos un loro y cuando yo quería que mi hija regresara a casa yo la llamaba desde la calle, como buena media-canaria, gritando: “¡Yaiza!”. Entonces el loro lo repetía y media Tauro sabía que ya tenía que volver a casa».

«Mucha gente en Mogán me conoce. El otro día estuve en un restaurante para pedir comida para llevar y la camarera había trabajado en otro sitio durante un montón de años y ella se acordaba de mi nombre. Yo recordaba su cara pero no su nombre y entonces empezamos a hablar de las cosas de antes. Eso es una gran alegría».

A Mogán
vino un día...





Silvy Dennehy

Nuestra vecina Silvy Dennehy nació en 1968 en Cort, Irlanda. Como tantos otros europeos llegó a Canarias por primera vez como turista siendo aún una niña. En esas primeras visitas nunca imaginó que de mayor acabaría viviendo en Mogán para siempre.

A los 17 años se trasladó, junto a su familia, de Irlanda al Puerto de Mogán obligada, ya que sus padres decidieron abrir un restaurante allí en el año 1983. Cuando llegó se encontró un lugar donde aún había luz de obra y el Puerto aún no estaba acabado en su totalidad. No había tiendas ni kiosco y sólo estaba construida la primera fase.

Cuando llegó no hablaba nada de español, pero con la práctica, poco a poco, logró comunicarse bastante bien en este idioma. Sobre todo gracias a la ayuda de los camareros del restaurante que le enseñaron muchas palabras y expresiones.

La primera impresión que recibió al ver el Puerto de Mogán fue muy bonita, y ha podido ver como se iba construyendo y creciendo, hasta convertirse en el lugar maravilloso que es hoy.

En el momento de la apertura del restaurante aún el Puerto de Mogán no era tan conocido entre los turistas como ahora. Por esa razón, los primeros clientes eran canarios que vivían en la zona. Fueron tiempos difíciles para iniciar un negocio ya que los proveedores, por aquel entonces, sólo llegaban hasta Arguineguín.

Durante sus años viviendo en Mogán nunca se sintió discriminada por su procedencia, a pesar de que cuando ella llegó no había muchos extranjeros viviendo en la zona. Dentro de sus planes de futuro no está volver a vivir en Irlanda, ya que quiere seguir residiendo en el Puerto de Mogán, aunque no descarta volver de vez en cuando a su lugar de nacimiento de visita o vacaciones.

Siempre que tiene ocasión recomienda, a los que visitan Mogán, que recorran el resto de la isla, que busquen en Gran Canaria más que playas y sol. Que conozcan la Cruz de Tejeda, la subida al Roque Nublo, las cuevas de Guayadeque o Vegueta.

Una de las mayores alegrías de las que disfruta es abrir la ventana de su casa y ver el mar y el Puerto de Mogán. A ese momento placentero hay que unirle los momen-

tos en que pasea por el lugar con su perro y se baña en el mar. Esas pequeñas cosas hacen que defienda que la calidad de vida que ofrece Mogán no la hay en ningún lugar del mundo.

Define el Puerto de Mogán como una comunidad, como un pueblo donde se juega al dominó, la gente se conoce y se saluda al hacer la compra en el supermercado o se encuentra en la plaza. En cualquier rincón se puede encontrar un grupo de pescadores hablando entre ellos. Silvy se considera parte integrante de esa comunidad.

Esas características sociales, según ella, no se están perdiendo ya que ve el Puerto de Mogán como una de las pocas zonas turísticas que mantienen su esencia de pueblo mariner.

Considera que en la zona de la playa se han hecho actuaciones urbanísticas que no son del todo de su gusto.

Como ejemplo de cómo Mogán y su forma de vida engancha a los que la conocen destaca las opiniones de los turistas que pasan largas temporadas entre nosotros. Estos, cuando regresan a Mogán, sienten como si volvieran a casa.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Cuando llegué no hablaba nada de español. Empecé a hacerlo con los camareros que trabajaban aquí, ellos me enseñaron a hablarlo. Nunca hice clases sino que directamente trabajando aprendí».

«Cuando llegué al Puerto de Mogan me encantó el lugar, era un lugar precioso. Verlo construir poco a poco fue muy bonito. Todo estaba en obras, no estaban los pantalanes con los barcos, sólo estaba la primera fase. Fue muy bonito ver como, poco a poco, se fue convirtiendo el Puerto de Mogán en lo que es hoy».



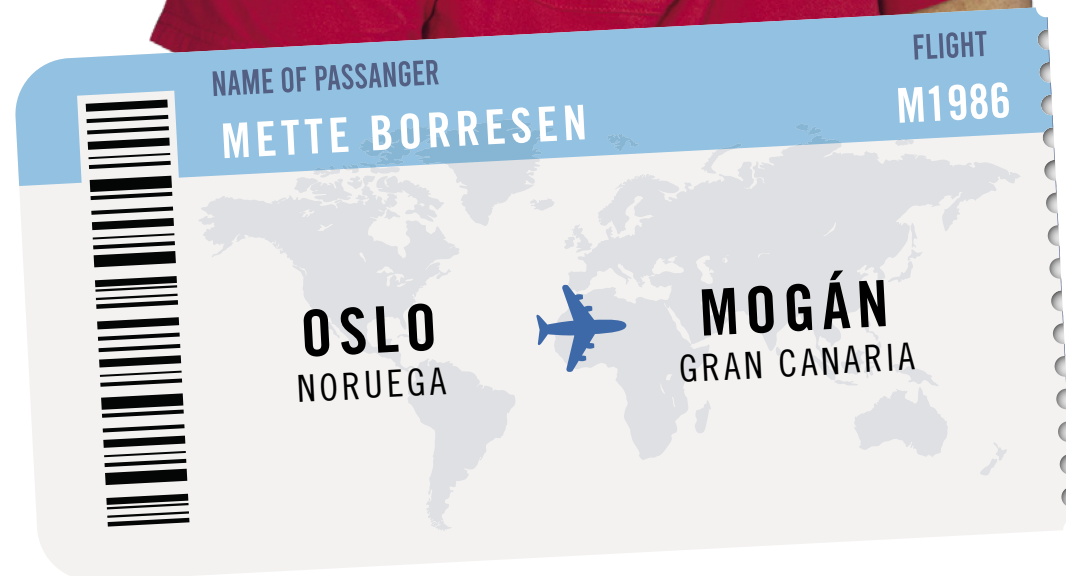
«El mejor sitio para vivir de Gran Canaria es en el Puerto de Mogán, yo no me voy de aquí, estoy encantada de vivir aquí. Mogán es una maravilla y este puerto tiene su encanto porque no solo es una zona turística, estamos viviendo en una comunidad. Vas a la plaza o al supermercado y no solo están los turistas sino también te encuentras la gente de aquí y eso me encanta».

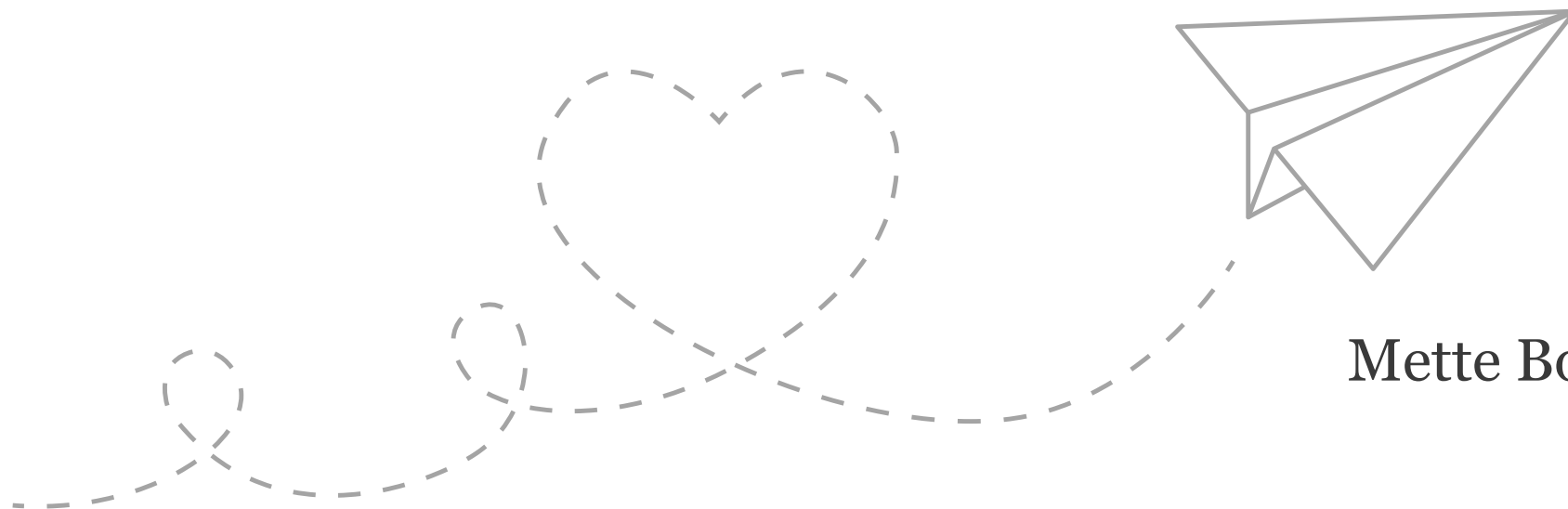
«En Mogán han habido muchos cambios, pero creo que realmente lo que es El Puerto no ha cambiado nada porque El Puerto es lo que es. La parte de atrás, la playa, si ha cambiado mucho. Los restaurantes, los hoteles grandes, pero es un cambio que está bien, no noto que esté masificado. Se ha hecho con bastante cuidado y espero que sigan cuidando esto».

«Con los pescadores tengo una relación de amistad. Conozco a todos los que fueron pescadores, los veo en la plaza cuando voy a caminar con mi perro. Siguen ahí, con sus tertulias aunque no salen ya a pescar, pero están siempre ahí. También tengo muchos amigos en la playa».

«A la gente de Mogán les diría que muchas gracias porque nos acogió a toda nuestra familia como unos más de Mogán. De verdad que me siento muy bien aquí. La gente me ve y me pregunta como está mi padre. Hemos sentido siempre el calor del pueblo de Mogán y por eso le doy las gracias».

A Mogán
vino un día...





Mette Borresen

Nuestra vecina Mette Borresen nació en el año 1962 en Oslo, Noruega. La primera vez que llegó a Canarias por motivos laborales fue hace 36 años, aunque ya había estado anteriormente dos veces como turista entre 1975 y 1980.

Su idea inicial era trabajar de guía turístico durante unos tres meses, para luego intentar que la destinaran a Grecia, concretamente a Rodas. Sin embargo, su primer destino fue en Gran Canaria, idea que no le gustó nada. Lo aceptó esperando que su estancia fuera por un corto periodo pero cuando llegó a la isla, le gustó mucho como era y, además, se enamoró de un chico. Por esa razón se quedó a vivir para siempre en Gran Canaria.

Sonríe con picardía al recordar lo que ocurría cuando se presentaba ante alguien. Al pronunciar su nombre los chóferes de las guaguas se sonreían, sin que ella supiera la razón. Tuvo que preguntar qué ocurría y le explicaron

que su nombre en español tenía connotaciones sexuales, así que a partir de ese momento, empezó a aclarar, al decir su nombre, que se llamaba “Mette, con dos t”, para evitar el chiste fácil a sus interlocutores.

Aprendió español consultando un diccionario y hablando con su exmarido, de nacionalidad chilena y que precisamente conoció en Mogán.

Reconoce que no le costó integrarse gracias a que «los canarios tienen un corazón super grande, muy abierto», a pesar de que cuando ella llegó el sur de la isla estaba en pleno boom turístico..

Aunque al principio de su estancia en Arguineguín se relacionaba mayoritariamente con extranjeros, luego abrió su círculo de amistades a los moganeros.

Siempre le ha parecido una falta de respeto el que las personas que vienen de afuera comenten que saben más que los canarios. La gente que piensa así debería interesarse más en conocer a las personas que viven aquí para comprenderlas mejor.

De Mogán destaca el clima y la forma especial que tiene su gente de ver la vida. Aquí todo es más tranquilo, se vive sin prisa. Eso hace que Mogán, a su criterio, sea el paraíso.

Piensa lo mismo de toda Gran Canaria, donde hay de todo lo que a uno le pueda gustar: playa y montaña.

Cuando compara el Mogán de la actualidad con el que encontró a su llegada en 1986 descubre que la zona ha cambiado de forma brutal. Cree que ni ella ni nadie pensaron nunca que el crecimiento turístico iba a ser tan grande como fue en tan corto periodo de tiempo.

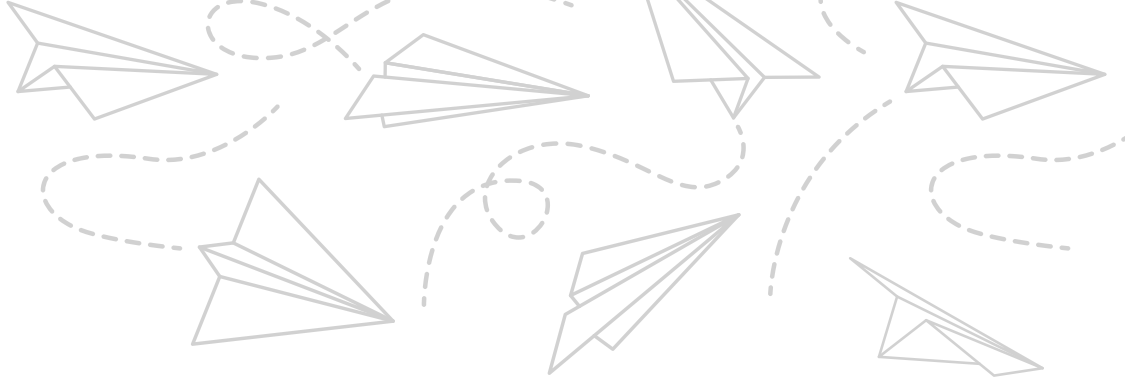
Nunca se ha planteado regresar a Noruega. Incluso tras la separación de su marido, cuando su familia la invitó a regresar, se opuso al considerar que ya Noruega no era su hogar.

Sus hijos estudiaron en el CEO Motor Grande, colegio que pone como ejemplo de convivencia. Cuando sus hijos estaban en el colegio había 250 niños de 19 nacionalidades diferentes. Tanto el colegio como las familias organizaban actividades donde se compartían aspectos de todas las culturas presentes en el centro. En ellas siempre se buscaba el máximo respeto a las creencias y costumbres propias de cada familia. Como ejemplo, entre otros, recuerda que para hacer una de esas actividades tuvieron que ir a Las Palmas de Gran Canaria a comprar salchichas de pollo, que por aquel entonces no se encontraban en Mogán, para los perritos calientes de los niños y niñas musulmanes.

A su criterio, en Mogán nos podemos encontrar tres tipos de extranjeros: Los que quieren vivir e integrarse, los que desean quedarse solo unos meses y durante ese tiempo interactúan con los canarios y los que residen durante todo el año pero no quieren compartir nada con los canarios de su entorno. Estos últimos pasan la vida sentados en un bar relacionándose únicamente con sus compatriotas, sin saber lo que se están perdiendo.

Si tuviera que definirse tiene claro que lo haría como moganera. Opina que Mogán debe mantener viva su parte auténtica, la local. Sus romerías, sus encuentros folclóricos y sus manifestaciones culturales propias.

Disfruta escuchando las historias que cuentan los mayores de Mogán, viejas historias de partos en los tomateros y experiencias similares vividas en la zona, en el pasado, antes de que llegara el turismo.



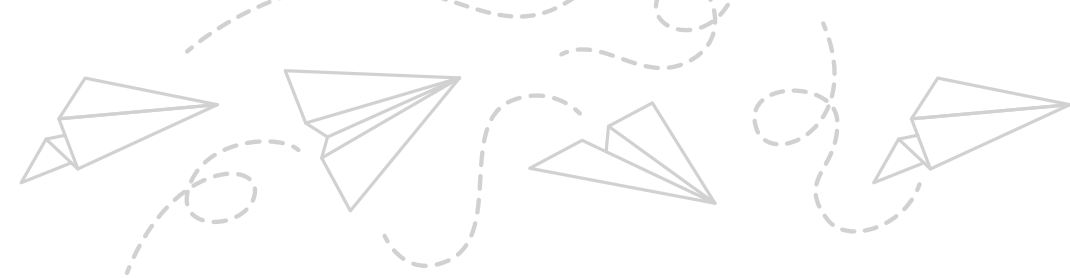
Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«En la época que llegué aquí fue un boom turístico. Ustedes los canarios tienen un corazón muy abierto y recogen a la gente que llega de afuera».

«Lamentablemente, hay extranjeros que desvaloran mucho esto. Yo creo que si tu llegas a vivir en otro país que no es el tuyo, tú tienes que hacer un esfuerzo para integrarte e interesarte por dónde estás».

«El cambio de Mogán es total, brutal. Creo que desde que yo llegué en el año 1986 en pocos años no creo que nadie tuviera pensado que esto iba a avanzar y crecer tan rápido turísticamente».



«Yo había aprendido a decir justo “Buenos días, me llamo Mette”. Cuando los chóferes de las guaguas lo oían se empezaban a reír. Le pregunté a uno porqué lo hacían y este me explicó la frase “mete y saca”. Entonces a partir de ese día yo decía: “Buenos días, me llamo Mette, con dos t”.»

«Yo nunca he tenido problemas de convivencia con las diferentes nacionalidades de Mogán. Yo creo que es muy bonito y enriquecedor compartir las culturas».

«El mundo está cambiando muy fuerte. En Mogán me gustaría que se mantengan las tradiciones y que no se olviden de donde vienen. Creo que la gente de Mogán debe respetarse un poquito más y apreciar las cosas que tenemos aquí y que es la tierra de ustedes».

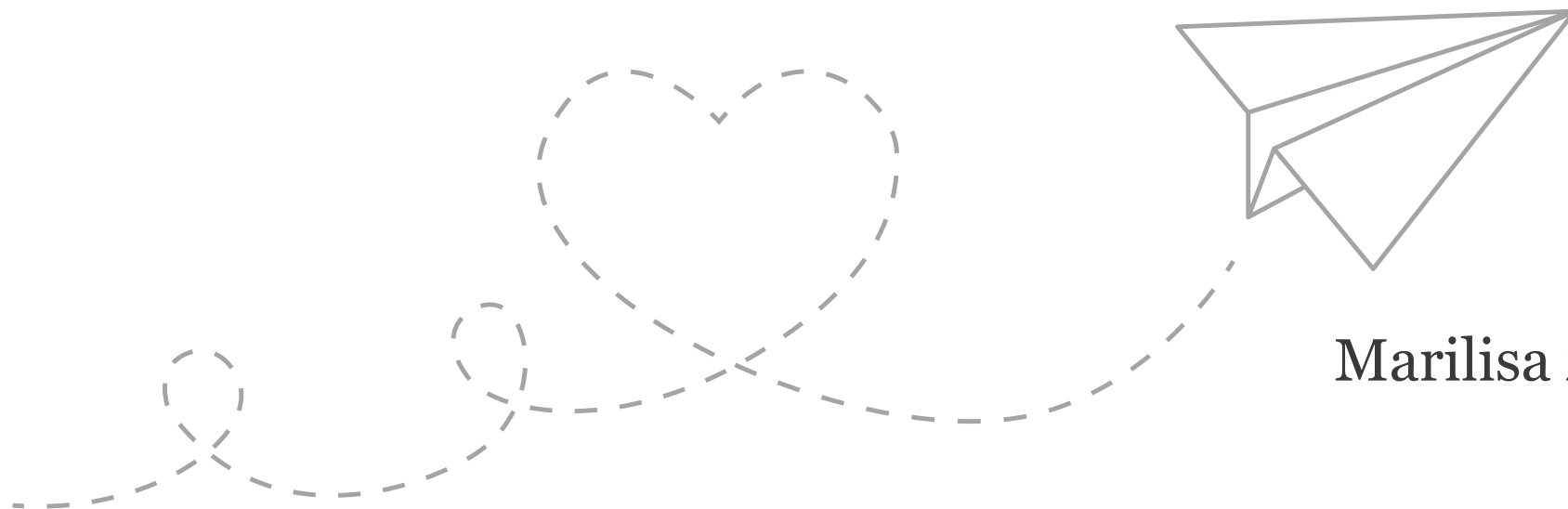


«Volver a Noruega nunca fue un plan que yo tuviera. A lo mejor cuando me separé y los niños eran pequeños la gente de mi familia me decía que volviera a Noruega pero yo les decía: “¿pero qué pinto yo allí después de tanto años en Mogán?”. Yo ya me quedo aquí».

«Mogán tiene un clima super bueno todo el año. Tiene una infraestructura muy buena, tiene playa, tiene cultura, tiene su historia que es muy importante. A mí me gusta ver lo original de aquí y además la gente es muy amable».

A Mogán
vino un día...





Marilisa Zanutel

Nuestra vecina Marilisa Zanutel nació en Portogruaro (Venecia), Italia, en el año 1954. Con 19 años abandonó su país para empezar a trabajar en Stuttgart y aprender alemán, para complementar los idiomas que ya había aprendido en la escuela: el francés y el inglés.

Posteriormente regresó a Italia para realizar labores esporádicas en la temporada de verano. Durante el resto del año realizaba actividades artísticas que eran su verdadera vocación.

Desde su país se trasladó a Londres para trabajar en la gestión y dirección de hoteles. Residiendo en la capital inglesa descubrió que no le gustaba vivir allí, había demasiado ruido, mucha competencia profesional y sobre todo un caos de tráfico.

Buscando un nuevo destino laboral se dirigió a una empresa de contratación inglesa que le ofreció un

trabajo en un hotel en Patalavaca. Como ya había estado en Lanzarote y conocía algo sobre las Islas Canarias decidió visitar Gran Canaria para conocer más en detalle la oferta de trabajo.

Una vez que acepta el nuevo puesto se marcó como objetivo aprender de forma rápida el español, al considerar que era su obligación hablar con el personal a su cargo en su propio idioma. También se implicó en intentar conocer de primera mano cómo era la vida de los canarios, ya que veía que a los turista no les importaba conocer ni la realidad de la isla ni de su gente.

Tras dos años trabajando, tomó la decisión de quedarse a vivir de forma permanente en Gran Canaria. La tranquilidad de la gente, el clima y la situación del municipio en ese momento en el que casi no había turismo la invitó a establecerse en Mogán. El Arguineguín de 1993 no se parecía en nada al actual. No había tantas viviendas, contaba con pocas tiendas, pero aquí se reencontró con el mar.

Al considerar que su trabajo en el hotel la mantenía en una burbuja, alejada de la realidad canaria, abandonó el trabajo en el sector turístico para entrar en el mundo de los paneles solares.

Le gusta la mentalidad de los canarios, mentalidad que considera distinta a la del resto de españoles.

Ella nunca tuvo problemas de relación con los moganeros, pero lamenta que sus compatriotas italianos que están llegando en los últimos años lo hagan con un sentimiento de superioridad que no es correcto.

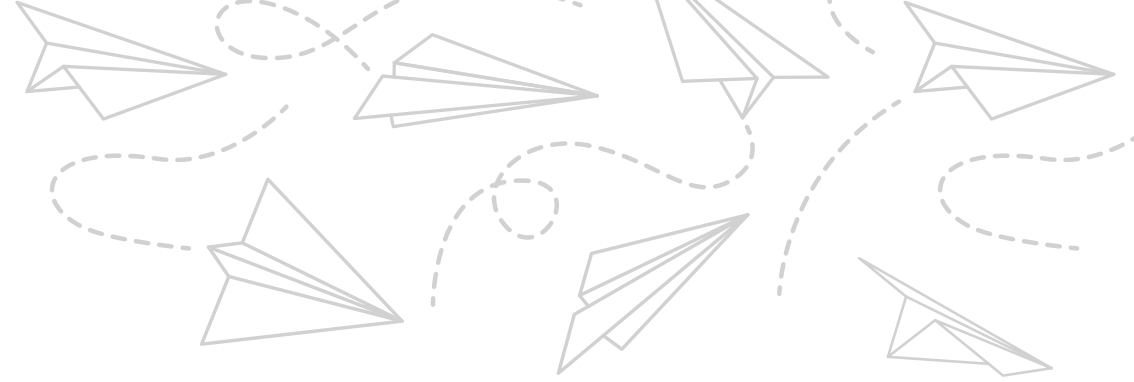
La mayoría de gente que conoció a su llegada a Mogán siguen siendo las mismas, no han cambiado en su forma de ser. Los jóvenes, en su opinión, si han cambiado mucho, pero esto está ocurriendo también en otros lugares.

Entre las cosas que le gustaba del municipio cuando llegó y que influyeron en su decisión de quedarse aquí para siempre destaca la elegancia del Puerto de Mogán, las calles estrechas y la vegetación que encontró en el Pueblo de Mogán o la calidad del pescado que se podía comer en el municipio.

A todos los extranjeros que ha conocido siempre les ha recomendado visitar y conocer Mogán.

Lo que Mogán le ofrece, la tranquilidad, el mar, el clima, el trato amable entre los vecinos y el tener todo cerca ha hecho que nunca se haya planteado trasladar su residencia a ningún otro lugar.

Tal es así, que cuando visita Venecia o realiza cualquier otro viaje fuera de las islas, en el momento de llegar a Mogán, siente que ha vuelto a casa.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Cuando empecé a trabajar aquí me vi obligada a aprender español porque estaba viviendo en un país que era español aunque estuviéramos muy lejos, porque además a mí siempre me ha gustado aprender el idioma del sitio donde vivo, no de los sitios que iba de vacaciones. Yo decidí vivir aquí, quedarme. Es importante aprender, escuchar a las personas que viven en ese sitio y entender como hablan, qué tipo de palabras utilizan. Como no habían cursos de español, lo que yo hacía era mantener contacto siempre con gente de aquí, no como otros extranjeros a los que yo les decía: “Ustedes, ¿por qué se quedan siempre entre ustedes?, hay que estar con los canarios, porque los canarios son diferentes de los alemanes, de los italianos, de los ingleses. Hay que entender en qué país hemos decidido vivir”».



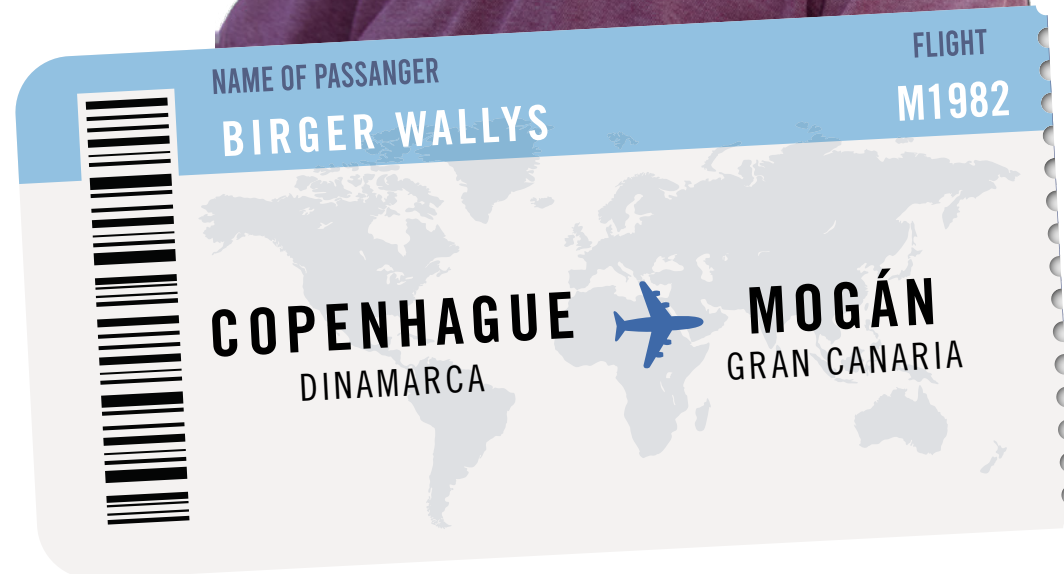
«Los canarios que conocí los encontré muy sinceros, en esa época. Muy sencillos, no como las personas que estaban en Londres que tenían otra mentalidad. Aquí me gustó la sencillez, me gustó porque pensé que estaba con personas. Personas con las que podía hablar aún de tonterías».

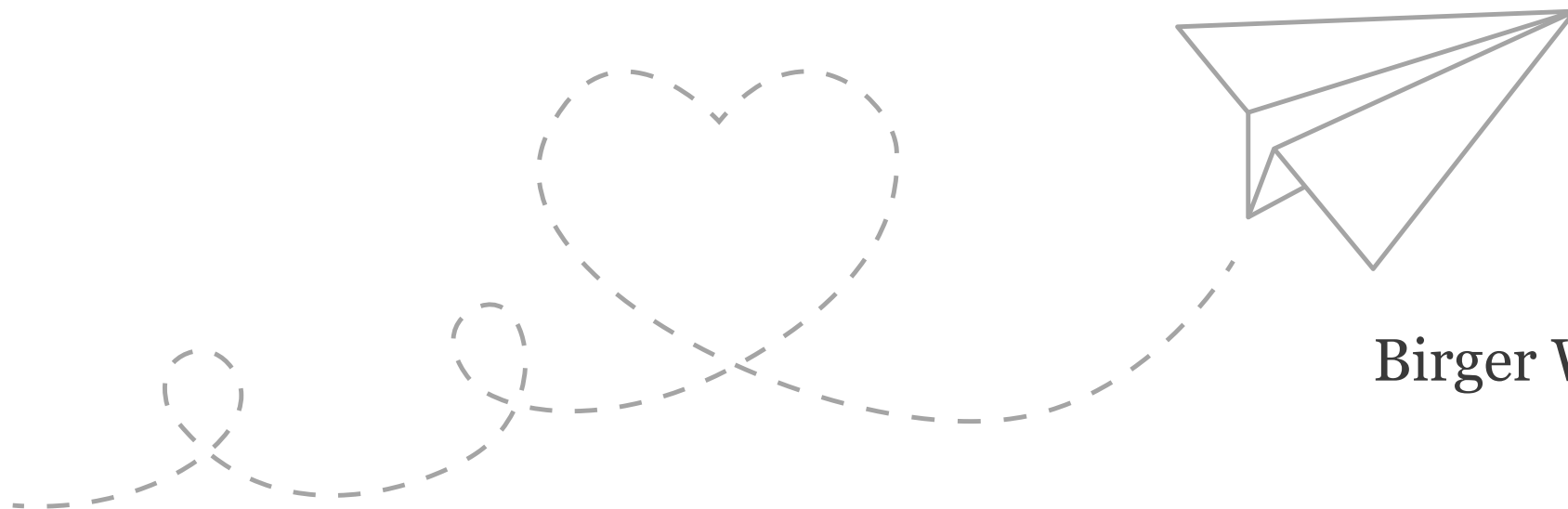
«Tras dos años trabajando en un hotel pensé bien que quería quedarme aquí, por varios motivos: Por la tranquilidad, por el clima, por las personas que tenía a mi alrededor. Ya no me interesaba, cómo lo puedo explicar... aprender más de cómo vive la gente porque yo ya tenía una idea de cómo viven. Viajaba pero siempre quería quedarme aquí, por la tranquilidad mental que había en este lugar. Veía a otros italianos, alemanes que se hacían los importantes y yo pensaba: “Esta gente no tiene idea, no quieren saber ni entender la mentalidad de los de aquí”.».

«Dejé el trabajo para otras personas y empecé a trabajar como autónoma, para trabajar para mí misma. Empecé a trabajar con paneles solares. Estamos hablando de 1996. Esto me ayudó a recorrer toda Gran Canaria y conocer mucha más gente, solamente canarios. Del Norte, de Las Palmas de Gran Canaria, de Mogán, de Arguineguín, de Telde, de todos los sitios. Entré por primera vez en casas de canarios, aprendí cómo se vivía aquí, las cosas que eran importantes, me preguntaban por mis cosas y experiencias. Entonces vi que a mí la zona que me gustaba era Mogán».

«En esa época todavía había un montón de gente auténtica, ancianos que caminaban o que tenían un animalito. Eran gente muy sencilla. Las mujeres se vestían de forma diferente; como en Italia en los años 40, y eso me gustaba que lo vieran los que nos visitaban».

A Mogán
vino un día...





Birger Wallys

Nuestro vecino nació en Copenhague, Dinamarca, en el año 1963. Siendo muy joven se fue a trabajar a Groenlandia de mecánico. A su regreso a su país, un amigo le habló de Gran Canaria y le propuso abrir en la isla una escuela de buceo.

Al principio se estableció en Las Palmas de Gran Canaria, donde compró un barco para poder salir con los alumnos de la escuela. Este negocio no era rentable y entonces se dedicó a realizar paseos marítimos para turistas y a la pesca de tiburones. Para animar la actividad se tiraba al mar en lugares próximos a los tiburones amarrado con cadenas, las cuales eran fáciles de quitar si conocías el truco adecuado.

Cuando empieza el boom turístico en el sur de la isla se ve obligado a llevar a los clientes en guagua hasta la capital, por lo que decide trasladar su actividad y residencia a Puerto Rico.

Junto a la actividad relacionada con los barcos y las excursiones turísticas abrió uno de los primeros restaurantes daneses de Mogán, el cual gestionó hasta su jubilación.

Viviendo en Puerto Rico tuvo el primer teléfono que hubo en la zona, lo cual le suponía un problema cuando la gente le pedía hacer una llamada pagando y el no sabía a cuanto cobrarla. Buscando más tranquilidad decidió cambiar su domicilio a Arguineguín, lugar donde reside en la actualidad.

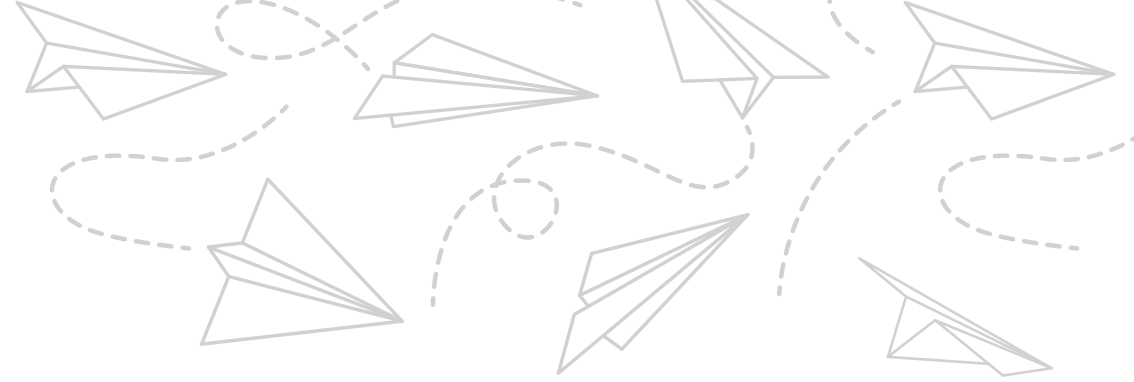
Nunca se ha sentido discriminado por los moganeros, es más, tiene muchos amigos entre ellos, sobre todo marineros. Su interés en participar en la vida pública del pueblo que lo acogió se materializó en una campaña que inició en su momento con la finalidad de instaurar el voto en las elecciones municipales para los extranjeros residentes en Mogán, tras el ingreso de España en la Unión Europea.

Echa de menos los antiguos Puertos de Arguineguín y de Mogán, aunque considera que Arguineguín ha conservado más su forma tradicional de ser que la Playa de Mogán.

Lamenta que en el municipio existan comunidades de extranjeros que no se relacionan con los canarios y que ni siquiera aprenden español, a pesar de vivir muchos años aquí.

Lleva ya 25 años jubilado, viviendo de forma tranquila en Arguineguín. Con todos los años que lleva residiendo en el municipio se define como más canario que danés, ya que ha vivido más tiempo aquí que en su país de nacimiento.

Lamentablemente, tras la pandemia, tuvo que recluirse en su casa y ha perdido el contacto con muchos amigos moganeros, por lo que no ha podido seguir practicando el español. Por culpa de ello, en la actualidad, ha perdido gran parte de la fluidez que tenía hablando nuestro idioma.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Yo tenía un certificado como buceador. Un amigo me dijo, en 1967, que conocía Gran Canaria, y me ofreció venir aquí a montar una escuela de buceo con él. Bueno, me dije, vamos. Compramos un barco de 85 pasajeros y hablamos con las agencias de viajes y les pareció buena idea. Nos dedicamos a pescar tiburones desde el Muelle de Las Palmas llevando turistas. Los escandinavos venían a Playa del Inglés y teníamos que llevarlos en autobús a Las Palmas. Cuando abrieron el muelle de Puerto Rico compré un barco más grande de 160 pasajeros. Al principio me fui a vivir a Playa del Inglés, después a Puerto Rico».



«Nosotros tenemos un truco. Me tiraba al mar amarrado con cadenas cerca de los tiburones. Es fácil quitarse las cadenas cuando uno sabe. A los turistas le gustaba eso».

«Fui el primero en tener teléfono en Puerto Rico. Todo el mundo me pedía a todas las horas llamar por teléfono y me volvían loco, entonces me vine a vivir en Arguineguín y ya me quedé a vivir aquí».

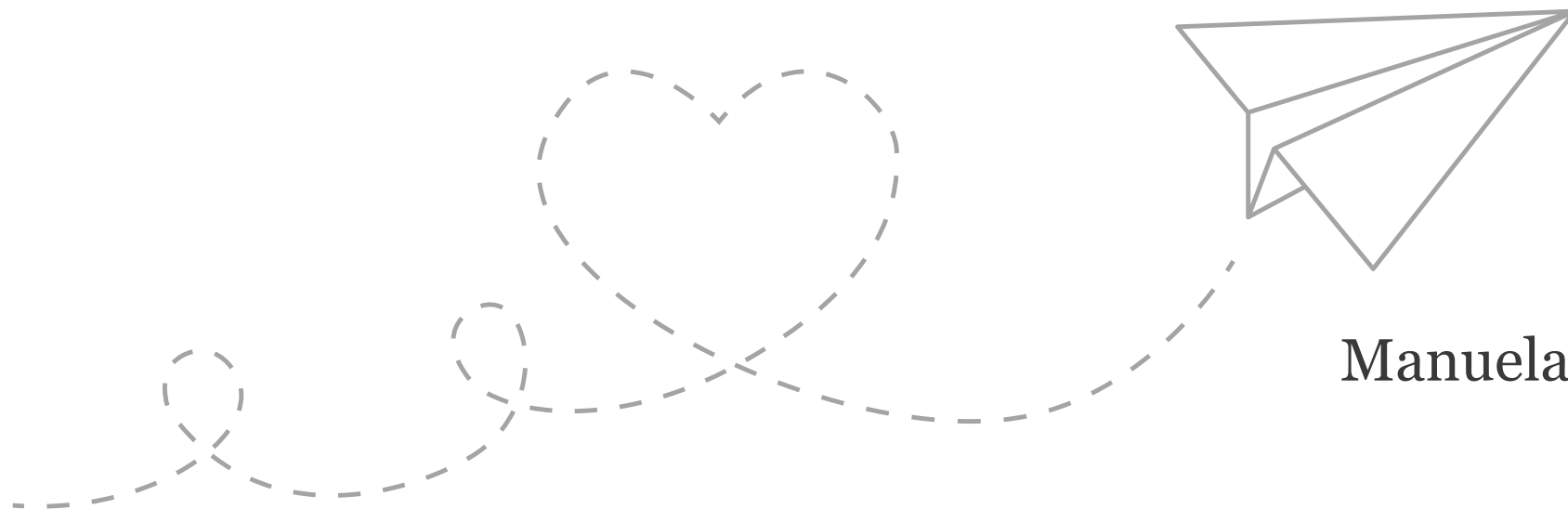
«En La Playa de Mogán hay ya muchos turistas, eso no pasa tanto en Arguineguín. Antes esta zona era un pueblo de pescadores, pero ha ido cambiado. Para mí Arguineguín ha ganado, pero a mí me gustan más los tiempos viejos».

«Yo tenía muchos amigos canarios, pero se han ido muriendo con mi edad. Antes viajábamos mucho con el INSERSO pero con la pandemia dejamos de hacerlo y yo he perdido mucha práctica de hablar español».

«Los canarios son gente muy tranquila, se toman las cosas con calma y yo llevando 25 años de pensionista ya lo soy también. Antes trabajaba pescando, luego me duchaba y después al restaurante. Toda mi vida trabajé muy duro, pero eran tiempos muy buenos. Los turistas tenían mucho dinero. Ahora los turistas que vienen son diferentes».

A Mogán
vino un día...





Manuela Luzzer

Nuestra vecina Manuela Luzzer nació por casualidad en Leipzig, Alemania, en el año 1945, aunque su nacionalidad es austriaca.

Su primer viaje a Gran Canaria lo realizó en el año 1969 junto a su marido, en sus primeras vacaciones como azafata de vuelo. Buscando lugares típicos canarios alquilaron un coche y fueron recorriendo la isla desde Las Palmas de Gran Canaria hasta el sur de la isla. En ese viaje por carretera llegaron cerca de La Playa de Mogán de noche, quedándose extrañados al no encontrar la continuación de la carretera ante ellos.

Afortunadamente, en ese momento apareció un moganero provisto de una linterna que les indicó el camino que debían seguir para llegar a la plaza de la Playa de Mogán. Su nombre era Ramón Déniz.

Allí había un bar frecuentado por marineros cuando no salían a la mar. La gente se veía muy alegre, cantando con guitarras y armónicas. El ambiente del bar les atrajo y decidieron quedarse en la pensión de Salvador, que sólo disponía de pequeñas habitaciones con una cama y dos sillas.

Decidieron construir una casa en La Playa para pasar allí sus periodos vacacionales. Al principio no hablaban nada de español y se hacían entender con dibujos. Nunca olvidará los vecinos que tuvieron en esa primera vivienda y cómo la recibieron, como si fueran parte de su familia. Eran tiempos en que no había electricidad en La Playa y había que iluminarse con velas, estando aún la carretera de acceso a la costa sin asfaltar.

Viviendo en Mogán no le costó nada integrarse en la sociedad canaria. Junto a su marido empezó a asistir a los encuentros de lucha canaria y a los partidos de fútbol como unos vecinos más del pueblo.

El Mogán que conoció a su llegada no era un sitio turístico, era un lugar auténticamente canario. Ella añora La Playa de antes. Ahora con sus tiendas y restaurantes le parece un sitio turístico más, aunque comprende que para los moganeros supone trabajo e ingresos económicos que les hace la vida más fácil que antes.

Recuerda también cómo se celebraban las navidades antiguamente, integrando las tradiciones canarias con las de su país de origen. Todos los años ella regalaba juguetes a sus hijos y a los hijos de los vecinos por Navidad, siguiendo la tradición de Papá Noel. Cuando llegaba el día de Reyes, costumbre que no existía ni en Austria ni en Alemania, eran los vecinos los que traían a sus hijos regalos. Eso ponía a los niños de la zona muy contentos, porque en Navidad recibían regalos dos veces.

Después de tantos años viviendo en Mogán se siente parte de este pueblo, a pesar de tener su familia en Viena.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Nosotros queríamos buscar un sitio auténtico canario, un pueblo de pescadores porque no me gustó quedarme en un hotel grande como cuando trabajaba. Mi marido y yo alquilamos un coche para recorrer el sur de la isla. Pasamos una noche en San Agustín, en el hotel Folías que ya existía en el año 1969. Buscábamos un pueblo más romántico y así conduciendo, conduciendo llegamos a Mogán al oscurecer. El camino se terminó en las plataneras y berenjenas. No sabíamos como continuar y vino un chico con una linterna y nos dijo que le siguiéramos. Llegamos a la plaza, donde sólo había un pequeño bar donde estaban los pescadores que no podían ir a la pesca porque estaba lloviendo. Estaban tomando copas y tocando la guitarra y la armónica.



Al día siguiente volvimos con nuestras maletas y Salvador, que tenía una pequeña pensión con habitaciones sólo con camas y dos sillas y nada más, nos alquiló una. Era muy alegre, todo el mundo en la plaza cantando».

Yo no sabía español, solo entendía un poquito. Entonces hicimos dibujos y el chico que nos llevó a la plaza era Ramón Déniz. Nos preguntó si queríamos ir a pescar con él y así tuvimos un tiempo muy bonito sólo con moganeros».

«En esos días la carretera no estaba asfaltada, no había ninguna electricidad. Yo compré grandes velas para iluminar la casa, era muy romántico. Los vecinos sólo muchos años después han tenido motores y al final cuando llegó la electricidad dijeron a los moganeros que tenían que pintar sus casas de blanco porque sino no iban a recibir electricidad».

«En esos días a los niños se les bautizaba después de una semana porque murieron muchos niños. Cuando un niño lloraba decían que el niño iba a ser inteligente. Mi hijo tenía cinco

meses ya cuando echaron el agua en la iglesia de Mogán y empezó a gritar, todo el mundo se levantó aplaudiendo y diciendo que iba a ser muy inteligente».

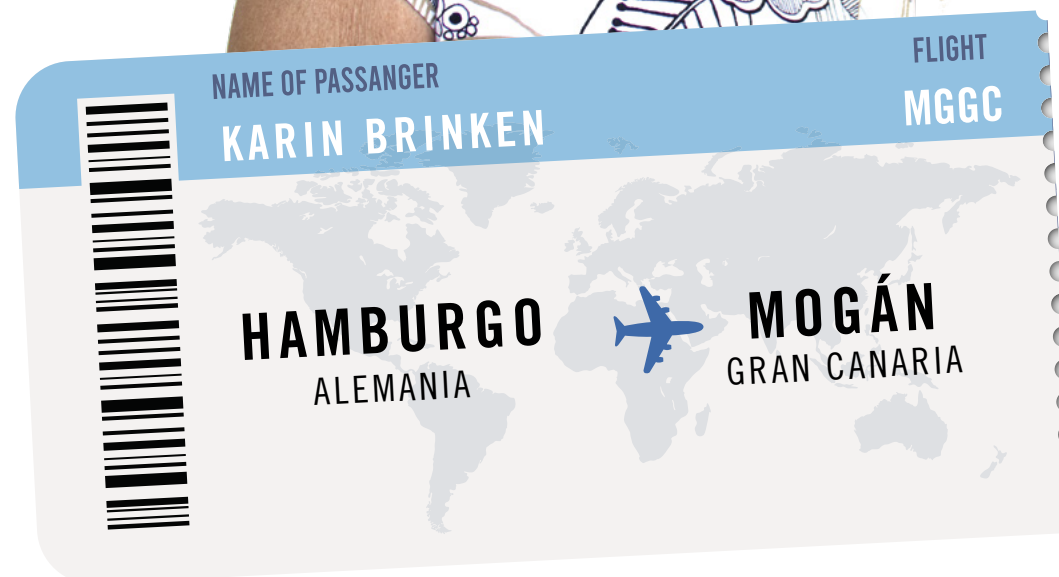
«Yo trabajé en muchos vuelos a América del Sur, Argentina, Chile... y la gente que viajaba era gente muy culta de nivel elevado y yo con mi español les decía: “hola, coño ¿cómo están?”. Me miraban raro y me preguntaban donde había aprendido español, todos asustados».

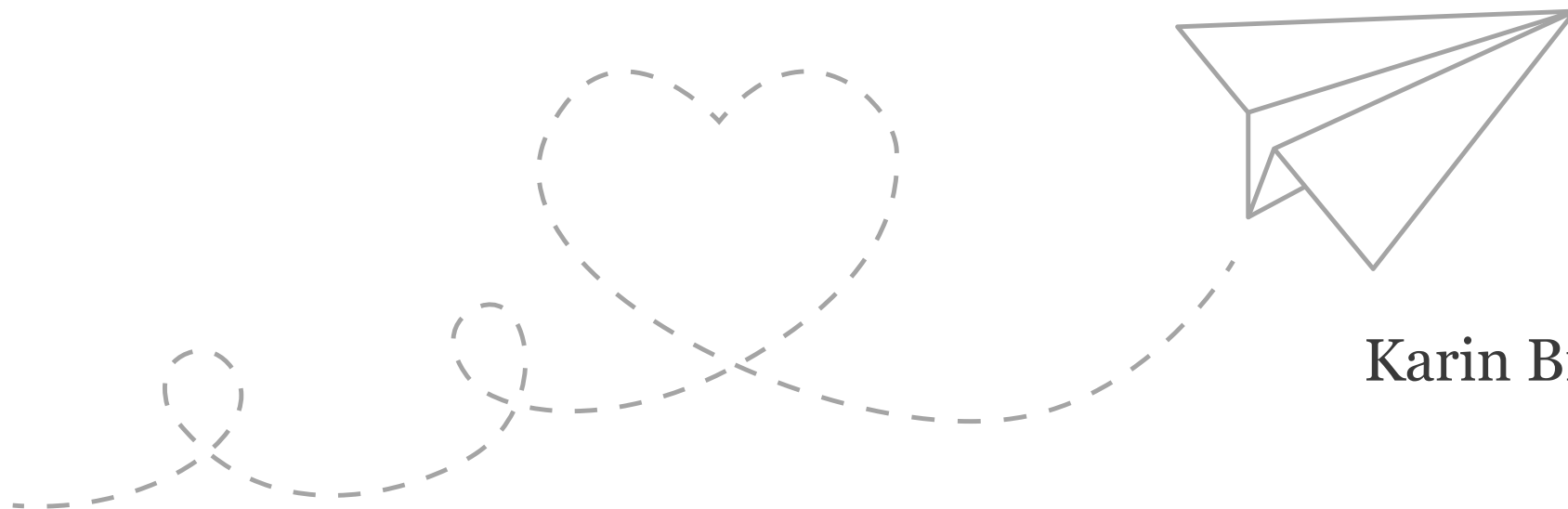
«La primera vez que vinimos decidimos que cuando fuéramos mayores queríamos vivir aquí, pero yo no quería esperar hasta que fuera mayor y me quedé aquí desde un principio».

«Nuestros vecinos tenían 8 niños y cuando se casaron las primeras dos hijas una quería una nevera y otra una televisión. Entonces llevamos una pequeña tele que pusieron en su salón comedor y por lo menos veinte niños y adultos de la familia vinieron a verla. Creo que fueron los primeros con tele en La Playa».



A Mogán
vino un día...





Karin Brinken

Nuestra vecina Karin Brinken nació en Hamburgo, Alemania, en el año 1950. Su primera visita a Gran Canaria la hizo acompañando a su hermana en su viaje de novios. En su estancia en la isla conoció a un chico canario, del que se enamoró y con el que acabó casándose. Junto a él abrió un restaurante en el año 1978 en el Centro Comercial de Puerto Rico.

Desde un principio se ha sentido como una ciudadana canaria más. Recuerda cómo al principio algunas personas, usando el típico humor canario, le decía: «adiós cabeza cuadrada», aunque ella sabía que era solo de broma.

Aprendió español en un curso nocturno en Alemania. Ya estando aquí se compró un diccionario en el que consultaba las palabras que no entendía. Completó el

aprendizaje ayudada por los periódicos, las revistas y sobre todo con la televisión.

Siempre ha intentado que sus tres hijos vivan y disfruten de las particularidades de la cultura alemana y la canaria. Se acuerda de ir a buscarlos en su primer día de colegio y les llevaba un cono lleno de golosinas y pequeños juguetes, para cumplir con una vieja tradición de su país que buscaba premiar a los escolares por haber aguantado todo un día en su regreso a las clases. Los niños canarios se quedaban extrañados y ella les explicaba la razón del regalo para que conocieran otras tradiciones diferentes.

Por esa misma razón, desde que los niños tenían cinco años los enviaba a Alemania, solos en avión durante el verano, para que aprendieran el idioma y convivieran con sus abuelos y tíos.

Tiene grandes recuerdos de cuando el Centro Comercial de Puerto Rico sólo tenía una fase construida. Sus hijos jugaban libremente por el centro, ya que todo el mundo los conocía y ella era consciente de que si algo les pasaba cualquier vecino los iba a ayudar o los llevarían a su restaurante.

Eran tiempos donde todos los que tenían comercios allí eran como una familia. Incluso una vez al año todos se unían para limpiar juntos con agua y jabón todas las

zonas comunes. Sabe que ese contacto se ha ido perdiendo, pero no sólo en Puerto Rico y Mogán, los tiempos cambian y las personas también, es algo que está ocurriendo en otros muchos lugares.

Actualmente reside en Arguineguín, pero reconoce que en todos los años que lleva viviendo en Mogán nunca se ha planteado regresar a su país natal. Alemania para ella ya es un lugar extraño que no siente como suyo.

Cuando compara el Mogán que conoció a su llegada y el actual lo primero que nota es que ha crecido bastante, está mucho más poblado y posee numerosos edificios nuevos. Pero esos cambios ella cree que han sido para bien de toda la comunidad.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Mi primer viaje a Canarias fue para acompañar a mi hermana y su marido recién casados en su viaje de novios. Aquí conocí a un chico, me enamoré de él... y esa es toda la historia».

«En 1978 monté un restaurante con mi marido en Puerto Rico. Cuando llegué a Mogán jamás me sentí discriminada, me han acogido como una persona más del pueblo, como un ciudadano canario más».

«Siempre me han dicho Karin, pero alguna gente me decía, de broma, “adiós cabeza cuadrada”, pero yo sabía que era una broma y no se lo tomaba a mal a nadie, ni me lo tomo mal hoy tampoco».



«La familia de mi marido fueron mis primeros conocidos, pero hoy mayoritariamente tengo amigos canarios y españoles en general, alemanes muy poquitos. Alemania para mí es como extraño».

«El primer cambio de Mogán se ve a primera vista, es mucho más poblado, con muchos más edificios, pero ha sido para bien. Yo veo a Mogán muy bien y está todo bien ubicado».

«A mis hijos he intentado inculcarles las dos culturas. En las Navidades los regalos se dan en Noche Buena pero nosotros también se los dábamos el día de Reyes, el 6 de enero».

«Yo mandaba a mis hijos todos los años de vacaciones a Alemania. Iban ellos solitos a partir de los cinco años en avión para que estuvieran allí con sus abuelos y sus tíos. Iban tan contentos, con su carpetita con su nombre y pasaporte y después se quedaban allí dos meses. Así aprendían un montón de Alemán».

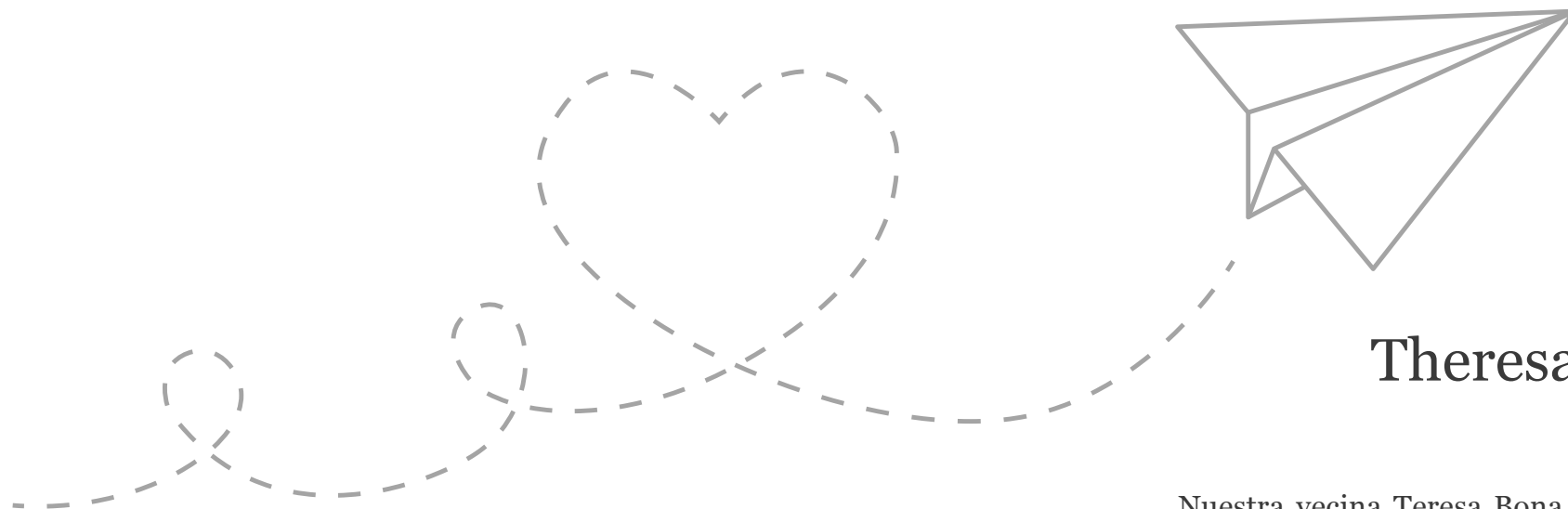
«Mis hijos no me han dicho por qué prefieren vivir en Canarias de forma directa, pero yo sé que para ellos la familia y nuestro sitio les tira. Ellos son muy de Arguineguín, para ellos este sitio es muy especial, aquí se han criado y es lo suyo».

«Aquí me quedo yo, no me voy a mover de aquí. Esta es mi casa ahora y aquí estaré hasta que Dios me llame».

«A los moganeros les diría que no cambien, que estén unidos y que cuiden lo que tienen, que esto es lo más bonito que hay en el mundo».

A Mogán
vino un día...





Theresa Bona

Nuestra vecina Teresa Bona nació en Suiza, en el año 1952. Llegó a Mogán con la intención de quedarse a vivir ahí en el año 1989. El clima era fantástico y muy bueno para sus problemas de salud.

Cuando llegó a La Playa de Mogán se encontró un pueblo de pescadores de los que enseguida obtuvo compañía en su día a día.

Recién llegada decidió abrir su propio restaurante en una esquina de la parte antigua del pueblo de pescadores. Le puso de nombre “Mamma Mía” y lo estuvo gestionando durante diez años.

Su implicación con Mogán la llevó a renunciar a la propuesta del Ayuntamiento de ampliar la terraza de su negocio a costa de quitar varias mesas de piedra donde los pescadores se reunían por la tarde a jugar a las cartas y al dominó. Como le gustaba mucho ese ambiente de pueblo no aceptó porque no quería quitarles sus mesas.

Cuando mira hacia atrás ve que la vida diaria de Mogán ha cambiado. En la playa hay más turistas, más edificaciones y hasta un gran hotel pero, para ella, los moganeros no han cambiado mucho. A su criterio el mayor cambio lo aprecia en la juventud; ellos estudian y ya no salen a pescar como hacían sus mayores.

En referencia a los cambios urbanísticos de La Playa de Mogán no los ve mal de todo. Hay normas y reglas de construcción que evitan que se construya muy alto. También valora, desde su experiencia, al tipo de turista que visita el municipio. Los considera diferentes a aquellos que van buscando zonas como Puerto Rico o como Playa del Inglés.

Tras tantos años viviendo en Mogán nunca se ha planteado vivir en otro lugar. En este municipio se siente cómoda. Define a La Playa de Mogán como un pueblecito, consideración que no ha cambiado desde su llegada hasta nuestros días.

Se siente muy agradecida por todo lo que ha recibido de Mogán desde un principio. Lo que más valora de su relación con los moganeros es el respeto que le ofrecieron cuando llegó. Después, poco a poco, la fueron conociendo y se fueron formando amistades entre ella y sus vecinos.



Selección de fragmentos de su intervención.

En sus propias palabras:

«Antes de vivir en Mogán ya había venido un mínimo de cuatro veces a Gran Canaria. Las primeras veces fui a San Agustín y la zona de La Playa del Inglés. Pasando las vacaciones en esos lugares descubrí Mogán. Mogán no era nada, pero se convirtió en mi sitio. Después de volver varias veces de vacaciones tuve un problema de salud y el clima me ayudó. Por eso me decidí a quedarme a vivir aquí».

«Yo trabajaba en una empresa internacional de cosmética en mi país. Era la responsable de ventas a nivel nacional y en varios países. Ya en Mogán decidí montar un restaurante en una esquina de la Plaza Antigua de Playa de Mogán. El restaurante ha funcionado muy bien, la gente local, los pescadores, siempre me han respetado».



«Vine por el clima pero descubrí en Mogán mucha gente de mi generación que no sabía ni leer ni escribir, pero tenían una grandeza que a veces es muy difícil encontrar en una gran ciudad. Me gustó la mentalidad de la gente».

«Hablando en Suiza con gente de allí digo “en mi pueblo” cuando hablo de Mogán».

«Comparando lugares como Taurito, Patalavaca... Mirando estos hoteles de La Playa de Mogán, las plantas verdes, el estilo de arquitectura... yo digo que lo que han planeado me cae bastante bien todavía. Los parques, los lugares para que jueguen los niños... La Playa ha ganado».

«La gente ha cambiado. La juventud de ahora es diferente a la de hace ya tantos años, eso es normal. Para mí La Playa de Mogán es todavía un pueblo, se conoce, se habla. A veces en la pla-

za nos sentamos las mujeres juntas y bla, bla, bla... y los hombres en otro sitio también bla, bla, bla. Es muy bonito eso. Encontrarte gente que te pregunta que has hecho hoy, que tal está tu hija... Es compartir la jornada, la vida».

«A mi me encantaba la antigua playa, de arena, de lava, pero para el turismo es mejor como está ahora. Lo han hecho bien».

«La playa de Mogán no es anónima como otros lugares turísticos. Es todavía un pueblo».

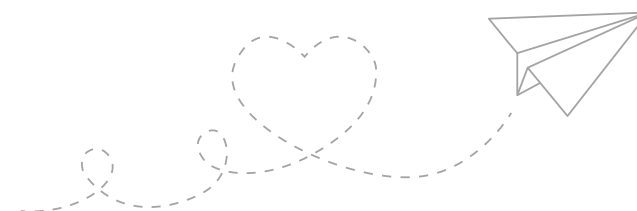
Índice

Presentación • 5

Onalia Bueno García

Alcaldesa del Ilustre Ayuntamiento de Mogán

Mogán, un lugar para la convivencia • 9



A **Mogán** vino un día...

Annette Rusell • 15

Natalie May Betancor León • 25

Mary Bogetvedt • 35

Christine Platzer • 45

Betina Folden • 55

Silvya Dennehy • 65

Mette Borresen • 75

Marilisa Zanutel • 85

Birger Wallys • 95

Manuela Luzzer • 105

Karin Brinken • 115

Theresa Bona • 125

El papel utilizado para la creación de este libro
proviene de bosques sostenibles, por lo que se
garantiza la conservación de los bosques
y de los valores sociales, culturales y ambientales
asociados a estos.

¿Qué lleva a una persona a abandonar todo y decidir fijar su residencia en Mogán? Sin duda esta pregunta tiene numerosas respuestas. Para algunos, la causa de establecerse en Mogán fue el clima. Para otros, los maravillosos espacios naturales del municipio, su gente o el ritmo de vida que se disfruta en sus barrios.

En este libro podrás encontrar los testimonios de once vecinas y un vecino de Mogán que llevan más de treinta años residiendo en el municipio y que nacieron muy lejos de estas islas, pero se sienten igual de Canarios que el resto.



Ayuntamiento
de Mogán

